

CRISTIANIDAD



119

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO VI

1 MARZO

1949

«Verdad y novedad en Teología», he aquí una cuestión de gran trascendencia que estamos viendo todos los días tratar en Revistas y Publicaciones, y no siempre con la debida prudencia y ponderación, aunque la voz del Papa, y otras que de ésta se han hecho eco, hayan salido al paso en tal sentido.

En esta ocasión, en que conmemoramos la festividad de Santo Tomás de Aquino, queremos sumarnos a los que, nutriéndose en el pensamiento Pontificio, colaboran en desvirtuar los sofismas del modernismo y en poner coto a sus osadías.

Y esto porque el tomismo es una síntesis teológico-filosófica que tiene virtualidad para imponerse al espíritu moderno —así lo pensamos nosotros— una vez salvadas las distancias históricas por una adaptación que, conservando la verdad y las fórmulas esenciales que encierra, pueda ser comprendida en su integridad.

¿Tendremos que conceder a los modernistas la existencia de múltiples Teologías? «Tal es la conclusión —dice un artículo que comentamos en este número ampliamente— a la que no han dudado en llegar, conclusión cierta y verdadera, si cierto y verdadero fuera el principio de donde parte, el relativismo absoluto de la verdad filosófica»

En problema tan delicado habrá que precaverse contra tantas afirmaciones ligeras como se hacen hoy día. Muchas veces se mezclan tesis peligrosas en obras cuyo espíritu parece mantenerse dentro de la ortodoxia. Por el contrario, en otras ocasiones es el «clima» que traspasa la obra, el que resulta nocivo. Esto conduce a una confusión sin límites y desemboca generalmente en la más absoluta desorientación del lector y del creyente. Este es el método y se impone su desenmascaramiento.

EDITORIAL: Una batalla en torno a Dios, y una consigna de sinceridad.

PLURA UT UNUM: Tres antitomisismos: II. El antitomisismo modernista, por Jaime Bofill (págs. 99 a 102); **A propósito de un artículo: Un tomismo ponderado,** por Francisco Hernanz (págs. 103 a 107); **Sobre el carácter «científico» del conocimiento histórico,** por Francisco Canals Vidal (págs. 110 a 112)

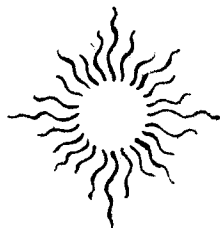
DEL TESORO PERENNE: ¡He ahí la gran obra que debe llevar a cabo la Iglesia! «Se trata de la Casa de Jesús...». Fragmento del discurso del Papa a la Congregación General de la Compañía de Jesús. «**De los fundamentos mismos de la filosofía perenne y de la teología.**» Fragmento del discurso del Papa a los Padres Capitulares de la Orden de Predicadores (pág. 108 y 109); **A los historiadores.** (Cartas del Papa Celestino VI a los hombres, por Papini (págs. 113 a 115).

A LA LUZ DEL VATICANO: Benjamín Disraeli, precursor del sionismo, por José-Oriol Cuffi Canadell (páginas 116 y 117).

ORIENTACIONES BIBLIOGRÁFICAS: P. Bruckberger, «El valor humano de lo santo», por Luis Luna (pág. 118).

DE ACTUALIDAD: La Roma histórica y la Roma eterna. — La Eucaristía y la familia cristiana. — Los judíos de Palestina celebran elecciones. — Las grandes potencias se muestran dóciles a Israel. — Un golpe de estado en el Irak, por J. O. C. (págs. 119 y 120).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.



FESA

FIBRAS ELABORADAS, S. A.

Fábrica y Despacho:
Lepanto, 41 y 43 - Tel. 2012

TARRASA

D. E.

M. S. S. A.
BARCELONA

José Ribelles Aguilar
Desmote químico de piezas

Santanach, 11 - Teléfono 2155 - SABADELL

S. A. T. E. R.
S. A. TEJIDOS ENRIQUE ROCAMORA
NOVEDADES PARA SEÑORA
Las Valls, 24 - Telf. 1448 - Direc. Teleg. «Sater» SABADELL

Juan Casamitjana Vidal
EMBUTIDOS

León, 65 - Teléfono 691 BADALONA

Fábrica de tejidos de lana

**AYMERICH
Y AMAT**

Almacén y Despacho:
Alcázar de Toledo, 50-Teléf. 2344
TARRASA

Irga Sociedad Anónima

COLORANTES PARA TODAS LAS INDUSTRIAS
PRODUCTOS QUIMICCS

Venta exclusiva para España y sus Colonias de los productos
J. R. GEIGY, S. A. de Basilea (Suiza)

Teléfono 51578 - Dirección Telegráfica: IRGASA
Avda. Emperador Carlos I, 206 BARCELONA

Ayudad a la Prensa Católica

T. U. S. A.
BARCELONA

Herederos de

Enrique Rocamora

HILADOS DE LANA PEINADA

Teléfono 1326

Sabadell

RESERVADO

F. S. A.

CRISTIANDAD

NÚMERO 119-AÑO VI

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

1 de Marzo de 1949

Granv. 1, 1.º - Teléf. 225875
MADRID

UNA BATALLA EN TORNO A DIOS Y UNA CONSIGNA DE SINCERIDAD

La dignidad de la persona humana estriba por entero en el hecho de que ella es una imagen de Dios. Todo cuanto depure y perfeccione en nosotros, entonces, esta divina semejanza, redundará en dignificación nuestra: todo cuanto la enturbie o deforme, en nuestro envilecimiento.

El pecado de inmoralidad produce este efecto. Pero habrá un riesgo mucho más grave aún para nuestra dignidad: será el de deformar el modelo mismo a cuya semejanza ha sido hecho el hombre, la violación del primer mandamiento.

Es mucho, en efecto, cuando uno está en el lodo, saber todavía donde levantar la vista: queda abierta una posibilidad de ayuda y de restauración. Mas cuando el hombre, enlodado, carece de todo Ideal verdadero y no le queda más que él mismo como punto de referencia, ¿podrá levantarse de su estado?

Tal vez sea éste el punto fundamental de la trágica recaída del hombre desde la sociedad cristiana de los tiempos medios (sociedad a menudo tan impura, pero todavía iluminada por la fe) en el «neopaganismo» moderno. Por esto la batalla trabada entre la «civilización moderna» — entre la civilización racionalista, escéptica, sensual y delicuescente de los tiempos modernos — y la Iglesia católica, es una batalla que no admite paz ni tregua, porque es la continuación de una lucha que tuvo su principio en los cielos, porque es, fundamentalmente, una batalla en torno a Dios.

Se trata ya — y estamos en una de aquellas situaciones-límite que el existencialismo describe — de salvar o comprometer definitivamente la verdadera noción de Dios, la existencia del Dios verdadero y el entronque de nuestra vida con Él. Y esta batalla se da primordialmente hoy no en el corazón del hombre, sino en su pensamiento, y no en las zonas periféricas del mismo — en el orden del pensamiento práctico y de las realizaciones sociales — sino en su mismo centro, en el orden íntimo de la filosofía y de la fe. La suerte del mundo estará en entredicho hasta que esta batalla se decida.

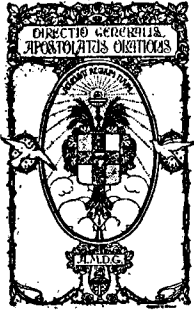
Ahora bien. La infiltración del enemigo en las filas del pensamiento católico pareció detenida cuando, hace unos años, la desenmascaró Pío X bajo los rasgos del modernismo. Pero esta infiltración está reproduciéndose hoy, y ello no tan sólo fuera de España, como a veces nos gusta creer, sino también en España. La gravedad del hecho que denunciarnos no puede escapar a nadie.

*Y entiéndase bien: no bastará para detener el peligro, al contrario, lo aumentará, un recurso más o menos formulario al pensamiento tradicional, — ni que sea al del Ángel de las Escuelas que es su figura más representativa. No basta, para detener la falsa vitalidad del modernismo — la mortal, cancerosa vitalidad del modernismo — una «neoescolástica» mecanizada, fiel a la letra, pero no al espíritu de nuestros Maestros, que invoque al Angélico y no le venera, que le exhiba y no le conceda, en cambio, una entera confianza en la forma en que lo hace la Iglesia. El *ite ad Thomam* tiene, en efecto, un sentido, esencialmente interior, de espiritual sinceridad, sin ello perdería todo su sentido.*

¿Quién ignora que la posibilidad misma de esta empresa, de un tomismo viviente, ha sido negada? Ello hace más urgente nuestra tarea, más grave nuestra responsabilidad. Porque están en disputa reductos decisivos, los últimos reductos, «la segur está aplicada en la raíz misma» del árbol, es, en toda la extensión de la palabra, cuestión de vida o muerte.

¡No desdigamos de nuestros mártires!





Por las intenciones generales y particulares del Sumo Pontífice

(Intención del Apostolado de la Oración del mes de marzo)

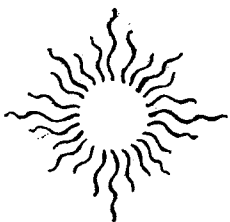
De nuevo coincide con el mes de marzo esta intención, que por disposición de Pío XI, en la audiencia de 20-II-1936 concedida al Director General Delegado del Apostolado de la Oración, se propone una vez cada año. Como quiera que nuestra piadosa asociación está ligada con tantos vínculos al Sumo Pontífice, los socios del Apostolado suelen encomendar de buen grado al Sacratísimo Corazón de Jesús, no sólo las dos intenciones mensuales del Papa, sino también sus intenciones actuales y urgentes. Y de consiguiente procurarán con alegría y agradecimiento, ofrecer, durante todo el mes de marzo, todas las buenas obras, las oraciones y los padecimientos, por las intenciones generales y particulares que el Papa tenga en su corazón en este mes.

¿Por qué se ha propuesto esta intención en el mes de marzo? Porque en este mes tiene lugar el aniversario de la coronación de Pío XII (el «Día del Papa»), que se suele celebrar en el mundo con cierta solemnidad. Ofrezcan nuestros periódicos en este mes a sus lectores fotografías y artículos que acrecienten la reverencia, la devoción, la obediencia y el amor hacia el Vicario de Cristo. Más aún, puede dedicarse, muy laudablemente, el número entero del Mensajero del Corazón de Jesús o una parte importante de él, al Sumo Pontífice, proponiendo la doctrina católica acerca del primado del Obispo de Roma y algún trabajo sobre la vida del Pontífice reinante.

Federico Faber, en una asamblea, dijo a los oratorianos londinenses, en 1 de enero de 1860: «El Sumo Pontífice es la tercera presencia visible de Jesucristo entre nosotros, en un orden superior, en un sentido más profundo, con un efecto más eficaz, de manera más perfecta que en los pobres y niños». Aquello que hace el Papa, el mismo Jesús lo hace. Todo lo que hay de regio y de sacerdotal en Cristo, acompaña a la persona del Vicario de Cristo. La Voz del Papado tiene eco de doctrina y de devoción... Parte necesaria e íntima de la piedad cristiana es la oración por él y con él... *Por él*: Desde los heroicos comienzos de la Iglesia se oraba por él... *Con él*: Nunca es la oración del Sumo Pontífice voz del que clama en el desierto. Nunca ora solo... Encerrado en las catacumbas, o apresado en las cárceles del circo, sabe que fuera, en la ciudad entera, en todo el mundo, oran con él los cristianos... El poder de aquellos que reinaban en el Palatino carecía de fundamento, mientras que el pontífice orante descansaba sobre la piedra angular de Cristo, Rey de los siglos.

Cuáles sean en marzo de 1949 las intenciones actuales y urgentes del Vicario de Cristo, no podemos saberlo ahora, abril de 1948. Atiendan los redactores, al terminar el año, a las Encíclicas, cartas, alocuciones, mensajes radiofónicos del Sumo Pontífice, en los cuales suele exponer sus preocupaciones; atiéndase también a las circunstancias de los tiempos.

(Del original latino de la Dirección General del Apostolado de la Oración. Roma)



RAZON DE ESTE NUMERO

«Verdad y novedad en Teología»; he aquí una cuestión de gran trascendencia que estamos viendo todos los días tratar en Revistas y Publicaciones, y no siempre con la debida prudencia y ponderación, aunque la voz del Papa, y otras que de ésta se han hecho eco, hayan salido al paso en tal sentido.

En esta ocasión, en que conmemoramos la festividad de Santo Tomás de Aquino, queremos sumarnos a los que, nutriéndose en el pensamiento Pontificio, colaboran en desvirtuar los sofismas del modernismo y en poner coto a sus osadías.

Y esto porque el tomismo es una síntesis teológico-filosófica que tiene virtualidad para imponerse al espíritu moderno — así lo pensamos nosotros — una vez salvadas las distancias históricas por una adaptación que, conservando la verdad y las fórmulas esenciales que encierra, pueda ser comprendida en su integridad.

¿Tendremos que conceder a los modernistas la existencia de múltiples Teologías? «Tal es la conclusión — dice un artículo que comentamos en este número ampliamente — a la que no han dudado en llegar; conclusión cierta y verdadera, si cierto y

verdadero fuera el principio de donde parte, el relativismo absoluto de la verdad filosófica.»

En problema tan delicado habrá que precaverse contra tantas afirmaciones ligeras como se hacen hoy día. Muchas veces se mezclan tesis peligrosas en obras cuyo espíritu parece mantenerse dentro de la ortodoxia. Por el contrario, en otras ocasiones es el «clima» que traspira la obra, el que resulta nocivo. Esto conduce a una confusión sin límites y desemboca generalmente en la más absoluta desorientación del lector y del creyente. Este es el método y se impone su desenmascaramiento.

EDITORIAL: Una batalla en torno a Dios, y una consigna de sinceridad.

PLURA UT UNUM: Tres antitomisismos: II. El antitomisismo modernista, por Jaime Bofill (págs. 99 a 102); **A propósito de un artículo: Un tomismo ponderado**, por Francisco Hernanz (págs. 103 a 107); **Sobre el carácter «científico» del conocimiento histórico**, por Francisco Canals Vidal (páginas 110 a 112).

DEL TESORO PERENNE: ¡He ahí la gran obra que debe llevar a cabo la Iglesia: «Se trata de la Casa de Jesús...». Fragmento del discurso del Papa a la Congregación General de la Compañía de Jesús. «De los fundamentos mismos de la filosofía perenne y de la teología.» Fragmento del discurso del Papa a los Padres Capitulares de la Orden de Predicadores (págs. 108 y 109); **A los historiadores** (Cartas del Papa Celestino VI a los hombres, por Papini (págs. 113 a 115).

A LA LUZ DEL VATICANO: Benjamín Disraeli, precursor del sionismo, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 116 y 117).

ORIENTACIONES BIBLIOGRAFICAS: P. Bruckberger, «El valor humano de lo santo», por Luis Luna (pág. 118).

DE ACTUALIDAD: La Roma histórica y la Roma eterna. — La Eucaristía y la familia cristiana. — Los judíos de Palestina celebran elecciones. — Las grandes potencias se muestran dóciles a Israel. — Un golpe de estado en el Irack, por J. O. C. (págs. 119 y 120).

Los dibujos que ilustran el presente número son debidos a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday y otros.

TRES ANTITOMISMOS

II. El antitomismo modernista

«Bajo el impulso de un amor ciego y desenfrenado de la novedad, no buscan apoyo sólido a la verdad y, despreciando las Santas Tradiciones, abrazan doctrinas vanas, fútiles, inciertas, y no aprobadas por la Iglesia...» (Gregorio XVI, citado por Pío X, Encl. «Pascendi»).

Hace exactamente un año, en ocasión del número que CRISTIANDAD tradicionalmente dedica a Santo Tomás de Aquino, me proponía yo iniciar una serie de artículos que por azares de trabajo quedó truncada. Su título me fué sugerido por la lectura de un opúsculo del Rvdo. P. Miguel de Esplugues, O. F. M. Cap., donde resumía la «oposición encarnizada» al genial pensamiento de Santo Tomás en tres «antitomismos» que caracterizaba como equivalentes, respectivamente:

1.º De idearios y tendencias divergentes dentro de la Escuela.

2.º De idearios y tendencias antiescolásticos.

3.º De idearios y tendencias anticatólicos.

El primero, el antitomismo escolástico, al que nos referimos entonces, está dentro de la ortodoxia y del sentir de la Iglesia; no habrá comprendido, por desgracia, el sentido y valor de la «excepcional solidarización del pensamiento de la Iglesia con el pensamiento del Doctor Angélico», pero las divergencias que le alejan de él o bien afectan a materia discutible y no comprometen, por consiguiente, ni la vida de la fe ni la vida de la razón, o son simplemente meras diversidades subjetivas en la apreciación de un mismo depósito de verdades fundamentales, comunes a todos.

No es ya éste el caso por lo que el segundo «antitomismo» se refiere y que, en su forma más acusada, bien merece el nombre de «antitomismo modernista». Porque la diferencia que de él nos separa no es ya una mera diferencia de escuela: está, por más que diga, en oposición con el pensamiento *expreso* de la Iglesia y la diversidad de problemática, de fórmulas, de lenguaje, oculta no ya una legítima diversidad *subjetiva* en el modo de comprender, sentir y expresar *una misma* verdad, sino una diversidad *objetiva*: no hay coincidencia en lo fundamental.

Este antitomismo, que tiene el corazón fuera de la Iglesia, porque ha nacido de la admiración y el aprecio serviles del pensamiento protestante (1), que odia a Santo Tomás, no sólo por su persona, sino por lo que simboliza, a saber: el pensamiento tradicional de la Iglesia (2), ha sido, con todo, hábil heredero de la táctica que el jansenismo inaugurara en la historia de las herejías, de afirmar constantemente y en todos los tonos su fidelidad a la Iglesia, su pertenencia al rebaño de Cristo, con el fin de hacer en él mayores estragos (3).

Y así, su proceder no será el de la libertad filial, la

(1) Cfr. León XIII, Encl. «Studiorum duce»: «Gracias a los novadores del siglo XVI, házose moda discutir en materias filosóficas sin miramiento alguno a la fe... Este mismo amor de la novedad pareció en algunas partes, haber inficionado el ánimo hasta de los filósofos católicos, porque es muy común en los hombres ser inducidos a obrar por espíritu de imitación; los cuales desdenando el patrimonio de la antigua sabiduría, más que acreditarla y perfeccionarla con razones nuevas quisieron dar a luz teorías y sentencias peregrinas...»

(2) «Santo Tomás no es el único en las Escuelas, pero es el representativo de las Escuelas», dice el P. Miguel de Esplugues, muy exactamente.

(3) Cfr. Pío X, Encl. «Pascendi»: «Enemigos, a la verdad, tanto más perjudiciales cuanto ellos traman la ruina de la Iglesia no desde fuera, sino desde dentro; en nuestros días el peligro está casi en las entrañas mismas de la Iglesia y en sus mismas venas...»

sincera llaneza en el acertar y, ¿por qué no? en el errar de quienes, sintiéndose seguros y confortables en la casa paterna, se aplican prudentemente a las difíciles investigaciones de la teología, de la filosofía, de la historia; sino que alternará la jactancia con la adulación; procurará distraer la atención de las cuestiones fundamentales, presentándolas como obvias, como archisabidas, como superadas; y bajo una falsa exigencia de progreso, intentará introducir el espíritu de novedad *en lo esencial mismo* de la doctrina.

¿No sería mucha candidez nuestra el seguirle por este camino? Así lo juzga, con o sin acierto, CRISTIANDAD. No extrañen, pues, algunos (lectores o no) que la acusan a veces de «inactual», su insistencia machacona en este tipo de verdades y problemas: porque ella estima un deber urgente el reforzar las posiciones tradicionales de la Iglesia, si no queremos que un derrumbamiento doctrinal, que ya se está produciendo en otras regiones, venga a sorprendernos en medio de nuestra confiada y negligente tranquilidad. Jesucristo, Jesucristo viviente en su Iglesia y tan sólo en ella, es toda nuestra razón de ser en el mundo: ¿no nos damos cuenta de ello? Pero, si es así, ¿no debemos esforzarnos, no sólo por cumplir sus mandamientos, sino por seguir sus consejos y adivinar sus preferencias? ¿Será un exceso de celo procurar, con el justo respeto a la libertad cristiana de todos, moverse por la zona más central posible del pensamiento católico, la más lejana de las riberas de la incredulidad?

Sin ánimo de entrar en un debate cerrado antes de empezar, en nuestra Patria, vamos a referirnos, para dar un ejemplo rigurosamente actual de este «antitomismo», o mejor dicho, «antiescolasticismo» modernista, a un autor extranjero cuyas obras se están divulgando en este momento entre nosotros.

No hace falta cortar siquiera sus páginas para tropézar, una y otra vez, con una equiparación de la religión católica sobrenatural con las falsas religiones, atribuyéndolas, con una naturalidad que espanta, una comunidad de objetivo y de función en el mundo; su índice nos anuncia una nueva interpretación del segundo capítulo del Génesis; rechaza, no faltaba más, el «evolucionismo» materialista, pero le substituye un evolucionismo «providencialista», que hará ver, como nadie lo ha hecho hasta ahora, la maravillosa manera como Dios preside al devenir universal. ¡Puede estar tranquila para en adelante la Iglesia Católica, con este retoque de su filosofía tradicional! Está ya en acuerdo completo con el dictamen de la «Ciencia».

El modernismo

Molesta vivamente a los modernistas el simple hecho de que se pronuncie esta palabra; y negarán, irritados, que exista siquiera modernismo.

Pero, ante todo: ¿Qué es el modernismo?

Tal vez la mejor manera de caracterizar esta multi-forme herejía de los tiempos modernos sería decir que el modernismo es la repercusión de cierto número de tesis filosóficas, teológicas e históricas *tal vez inconscientemente profesadas* en la mentalidad de un hombre, en su modo de ver y de valorar las verdades fundamen-

tales de toda vida según la fe lo mismo que según la razón; más que un conjunto de proposiciones claras y definidas es una deformación *habitual* del pensamiento. De suerte que, si bien en su origen y en su base hay siempre factores de culpabilidad: la curiosidad, la soberbia, la ignorancia presuntuosa, el prurito de novedad y de independencia, el aferrarse al propio criterio (4), puede suceder muy bien en ciertos casos que incluso un examen de conciencia *sincero* no acierte a descubrir el mal, y que un autor se encuentre en la trágica situación de ser modernista sin darse cuenta, y de verse un buen día desautorizado *sin posibilidad de comprender* por qué. A falta de haber hallado en la doctrina tradicional de la Iglesia no tan sólo un conjunto de verdades, una «ciencia» en sentido *objetivo*, sino, además, una educación del propio talento, una «ciencia» en sentido *subjetivo* de hábito intelectual, *las raíces mismas de una vida intelectual han sido viciadas* en el modernista (5); no habiendo buscado donde podía hallarlo un *robustecimiento de su propia capacidad de pensar*, un afinamiento de su *sentido de la verdad y de la ortodoxia*, carecerá de base sana en qué apoyarse para una rectificación que haría de buen grado tal vez *con solo ser capaz de ella*; y no tendrá ante sí otro camino para una posible salvación que el heroico recurso del silencio voluntario y orante.

¡Terrible enfermedad espiritual! Porque ella es compatible con una vida de piedad intensa, con la austeridad de unas costumbres intachables; escándalo mayor que el de hombres viciosos y degenerados (que no los faltan entre ellos) porque reviste al mal de un nuevo prestigio.

Un singular remedio a la «idolatría de la novedad»: una nueva apologética

Vamos a citar, a modo de ejemplo, algunos pasajes del autor referido por sí, mejor que un resumen nuestro, su lectura directa provoca en el lector una saludable reacción de aversión y de espanto, ante esta invasora enfermedad intelectual.

Nos parece estar leyendo a un Bergson desprovisto de su indiscutible talento filosófico lo mismo que de su mérito literario, pero con aquella misma ligereza enorme de pensamiento, con la misma erudición fácil y extraña, dispuesta siempre a barajar y juzgar los temas más diversos con completa ausencia de rigor y de dignidad científica; con la misma mentalidad deformadora que convierte en dañinas incluso las verdades particulares que profiera; con este poner en guardia al lector contra el buen sentido, contra el sentido común que es un hecho característico, a lo que parece, de los autores de esta escuela, y que justifica el juicio que hemos hecho de ellos.

Un primer problema se nos presenta, el de la finalidad misma que se ha propuesto el autor. Se trata de la constitución de una nueva apologética, que venga a salvar los valores humanos; capaz de conseguir un éxito en

(4) Véase la ruda reprensión de ignorancia y de culpabilidad moral que hace contra los modernistas, en cada página, la maravillosa Encíclica «Pasceudi». Los llama «faltos en absoluto de conocimientos serios en Filosofía y Teología, e impregnados hasta la médula de los venenosos errores bebidos en los escritos de los adversarios del catolicismo»; que «se jactan, a despecho de todo sentimiento de modestia, como restauradores de la Iglesia»; «como temerarios consumados, a los cuales no hay linaje de consecuencias que les haga retroceder, y que no sostenga, al contrario, con obstinación y audacia». Su doctrina «es obra de la curiosidad y de la soberbia»; «se glorian vanísimamente como si fueran los únicos poseedores de la ciencia», a pesar de su «completa ignorancia...» Etc.

(5) Un error, en efecto, que verse no sobre «una» verdad particular o un grupo de verdades particulares, sino sobre la *verdad misma*, sobre la *verdad en cuanto tal* representa un vicio radical e incurable de la inteligencia, cuya vida es la posesión de la verdad.

Ahora bien, una de las características de los modernistas que substituyen la definición objetiva y tradicional de la Verdad por no se qué adecuación del pensamiento con la vida y con lo «actual», sometiéndola, de este hecho, a una mutabilidad constitutiva: es la muerte de la inteligencia misma.

este terreno en el que las «religiones» han fracasado:

«El desarrollo rápido, a partir de mediados del siglo diecinueve, del lado material de la civilización había mantenido despierto el interés de los hombres en una especie de angustiosa espera del milagro del mañana, que apenas le dejaba tiempo de preocuparse de los verdaderos problemas, de los problemas humanos. El increíble fuego de artificio de los brillantes inventos que se sucedieron casi sin interrupción de 1880 a 1915 hipnotizó a los hombres como la primera sesión de circo deslumbra a los niños, que se olvidan de beber y comer. Este prodigioso espectáculo vino a ser el símbolo de la realidad, y los valores verdaderos, anegados por el resplandor del nuevo astro, fueron relegados al segundo plano.

«Muchos fueron los que presintieron el peligro y lanzaron voces de alarma, pero no fueron escuchados. No fueron escuchados porque un extraño ídolo había nacido y un verdadero fetichismo se había apoderado de las masas: el culto a la Novedad. Ahora bien: los únicos argumentos de que disponían los clarividentes —las Casandras— eran antiguos. En un momento en que el mundo se modificaba día por día sustituyendo el vestido de la víspera por otro más brillante, más imprevisto, los sabios no luchaban más que con argumentos venerables, pero anticuados, con un vocabulario desposeído del prestigio de la juventud, con llamadas a un despertar de la conciencia que no era deseado por nadie y que parecía a muchos extrañamente pasado de moda e inútil.

»Las Iglesias hicieron un considerable esfuerzo, sin renovar, con todo, su enseñanza; el resultado no fué suficiente para contener, no sólo la desmoralización universal, sino la desafección e inquietud señaladas antes. No podía ser de otra manera. La educación obligatoria había abierto caminos nuevos en la inteligencia de los hombres. Sin haberse hecho mucho más inteligentes, habían aprendido, con todo, el uso del pensamiento racional...»

He aquí planteado el problema. Se impone un esfuerzo de «humanización» de nuestro saber y de nuestra vida, esfuerzo en el que «las religiones» fracasaron, por sus medios anticuados. El medio adecuado lo ha descubierto él antes. Dejemos que él nos lo explique:

«El objetivo que se ha propuesto el autor es específicamente humano. Está convencido de que la inquietud moderna proviene ante todo de que la inteligencia ha privado al hombre de toda razón de ser al destruir, en nombre de una ciencia todavía en mantillas, las doctrinas que hasta entonces daban un sentido a la vida individual, una razón de ser al esfuerzo, un fin trascendente a alcanzar: *las religiones*.

»Es preciso, pues, si quiere darse un sentido a la vida, una razón de ser al esfuerzo, que intentemos una revalorización científica de las ideas, una revalorización racional, y nos parece que *esto no es posible más que intentando incorporarlas a la Evolución, considerarlas como manifestaciones de la Evolución*, exactamente como haríamos con los ojos, la mano o la palabra articulada.»

El remedio está, pues, en incorporar las ideas religiosas nuestras al movimiento grandioso de la Evolución universal; dentro de una Evolución que por primera vez habrá sido correctamente explicada:

«La explicación de la evolución de la vida por el solo azar no puede sostenerse hoy. No permite, en efecto, la integración del hombre y de sus actividades psicológicas en el esquema general de las cosas. No explica el desarrollo progresivo ascensional de las formas de vida y contesta incluso su desarrollo. Es, pues, preciso ensayar otra hipótesis, y tan sólo una nos queda: el finalismo.

»Desgraciadamente, el finalismo ha sido tan mal comprendido y tan desnaturalizado por gran cantidad de sabios de buena voluntad que está considerado justamen-

te, en tanto que teoría, como anticuado. El gran error que han cometido estos sabios ha sido el de no considerar más que un finalismo limitado... Así, no habiendo podido explicar el verdadero problema de la evolución, no han sido suficientemente convincentes y la hipótesis finalista se extinguió poco a poco, no dejando más que un recuerdo.

»Esta suerte era merecida; pero el finalismo ha de ser regenerado bajo una nueva forma. Y esto no puede tener lugar más que considerando la evolución desde sus orígenes hasta su desarrollo actual, es decir, abrazando periodos geológicos inmensamente largos...»

El gran enemigo es el materialismo; el materialismo inconvertible. Su posición es espiritualista, es una defensa de la libertad; ¿no van a agradecerse las «Iglesias», como agradecieron el espiritualismo de Bergson?

«El autor no tiene la ingenuidad de creer que esta discusión pueda convencer a ningún materialista. Los hombres que tienen una fe no pueden ser convencidos por simples palabras y por la lógica. Los que poseen una fe irracional —y esperamos haber demostrado que éste es con toda evidencia su caso— no se abandonan a argumentos racionales porque las palabras no tienen la misma significación para ellos y para nosotros. Nosotros hablamos de valores morales y espirituales a los cuales atribuimos, con respecto al hombre, una mayor realidad que al electrón; ellos no admiten la existencia siquiera de estos valores...»

»Hoy que la humanidad está amenazada de destrucción completa por la liberación de las fuerzas atómicas, la gente empieza a darse cuenta de que la sola protección eficaz consiste en un desarrollo moral más grande y más elevado. Por primera vez en la historia de la humanidad el hombre tiene miedo de lo que ha hecho con su inteligencia y se pregunta si ha escogido realmente el buen camino.»

El evolucionismo inevitable y el origen del hombre

«Es casi imposible, hoy, no ser evolucionista. Es preciso, en consecuencia, abordar sin prejuicio el problema de la aparición del hombre. no es posible considerar al hombre físico más que como el resultado de series sucesivas de organismos que se remontan hasta las formas más elementales de la vida. Ello no nos autoriza a decir que ningún animal, en particular del periodo Arqueozoico, Mesozoico u otro, sea un antepasado del hombre: no tenemos de ellos, en efecto, ninguna prueba cierta. Nadie cree ya que «el hombre desciende del mono». Sin embargo, el hecho de un origen común de los vivientes sigue siendo probable, y toda vez que la evolución existe, es verosímil que el tronco común haya sido una materia viva ligeramente diferenciada, todavía muy próxima de la materia inorgánica, y no un organismo ya evolucionado...»

Nuestro autor ha puesto como fundamento de su doctrina de la evolución el finalismo; no un finalismo cualquiera, no faltaba más, sino un finalismo que apunta precisamente a un fin: un «telefinalismo».

Y nos cuenta:

«Si el telefinalismo, al postular la intervención de una Idea, de un Querer, de una Inteligencia suprema, pone un poco de luz sobre el conjunto de las transformaciones que, por una línea ininterrumpida, conducen hasta el Hombre, parece imposible no ver en las transformaciones particulares, limitadas a las especies, algo más que el simple juego de fuerzas fisicoquímicas y del azar.

»Al fin de cuentas, repetidos ensayos han desembocado en los Primates, y después de largas series de estadios intermedios desconocidos, al hombre de Piltown, al

«Pithecanthropus erectus» de Java y al hombre de Pequín. Su cráneo se desarrolló más rápidamente que el de los Primates. Numerosos autores creen hoy que el hombre de Pequín es realmente el antepasado del hombre de Neandertal, que apareció unos cien mil años después en Europa. En realidad, el origen del hombre de Neandertal es desconocido. Desciende, probablemente, de un linaje que se separó del tronco común, al mismo tiempo que otros que dieron origen al orangután, al gibón o al chimpancé. La raíz inicial es tal vez más antigua aún. Según ciertos autores dignos de confianza, ... el «Eoantropo de Piltown descendería en línea recta del Propliopiteco del Oligoceno o Eoceno (Egipto). Este Primate constituiría, pues, el origen del cual han surgido, hace alrededor de cuarenta o cincuenta millones de años, las ramas que han conducido a los primates actuales y al hombre. Otros creen que al antecesor común es todavía más remoto... La verdad es que nada positivo se sabe.»

La evolución biológica termina en el hombre.

Un evolución psicológica y moral la substituye

«Hasta el advenimiento de la conciencia, el ser que acabaría siendo hombre no se distinguía más que morfológicamente de sus antepasados. Estaba sometido a las leyes de la naturaleza, a las leyes de la evolución. Le era preciso obedecer, y era justo que así fuese. Desde el momento en que se preguntó si una acción era «buena» o si otra era «mejor» adquirió una libertad rehusada a los animales.

»La explicación más o menos novelada de este hecho es negligible. Poco importa que se atribuya a la familia o al clan, a las represalias de parientes o vecinos. La verdad es que en el hombre, y tan sólo en él, la posibilidad de elegir se ha transformado en idea moral, lo que no se ha producido jamás para ninguna otra especie. Desde entonces, el hombre dió un salto adelante, ensanchando el abismo que le separaba de los demás primates: la orientación nueva de su evolución estaba claramente indicada. En adelante, contrariamente a lo que ocurre en los demás seres, para evolucionar no debe ya obedecer a la naturaleza. Deberá censurar y controlar sus deseos que antes eran la única ley.

»El conflicto puramente humano ha nacido de esta lucha áspera, permanente, que no ha perdido nada, aun hoy, de su violencia. Incontestablemente si consideramos la mayoría de los hombres, se puede poner en duda la realidad de la idea moral. Los ejemplos que se nos ofrecen cada día pueden incitar al pesimista a preguntarse si verdaderamente, entre el animal y el hombre, el abismo es tan profundo como se creía. La respuesta, hela aquí: estamos todavía en la aurora de la evolución humana; además, si existía tan sólo un hombre por cada millón que estuviese dotado de conciencia, esto bastaría para probar que un nuevo grado de libertad ha aparecido.

»Para que la evolución continuase era necesario que esta nueva libertad fuese dada al hombre. Cuando el soporte físico, el cuerpo humano, hubo alcanzado un estado de perfección relativa, fué inútil ya proseguir con nuevos ensayos, y la evolución hubo de continuar en un plano esencialmente humano: el plano espiritual. ¿Cómo podría concebirse una evolución de este tipo, sin una constante colaboración del hombre mismo?

»Un ensayo en el plano biológico (anatómico o fisiológico) se transforma en una prueba en el plano psicológico.

»En este último caso no se trata ya simplemente de sobrevivencia: se ha alcanzado un nivel superior. Es una cuestión de progreso psicológico y moral. Como en el pasado, el progreso no es posible más que por la lucha, la competición y la selección.»

Coincidencia de la «ciencia» con la Biblia si se interpreta a ésta rectamente

«Bajo este punto de vista es interesante observar que el «telefinalismo» está de acuerdo con una de las tradiciones humanas más antiguas y más respetables, que inspira y dirige todo el mundo cristiano y cuyo origen nos es desconocido: acabo de nombrar la Biblia (6). De ninguna manera habíamos previsto este paralelismo y, no obstante, nuestras conclusiones son idénticas a las que expresa el segundo capítulo del Génesis, a condición de interpretarlo de un modo nuevo y de considerarlo como la expresión altamente simbólica de una verdad, intuitivamente percibida por su redactor o por los sabios que se la han comunicado.»

En qué consiste el pecado original (7)

«A pesar de la prohibición, el hombre desobedeció, cometiendo el pecado original, del cual la humanidad debe purificarse eternamente. Este no puede significar un castigo arbitrario impuesto a todos los descendientes del hombre, sino que el ser humano actual no ha llegado aún al grado de perfección que debe alcanzar. No ha superado aún la prueba. Está dominado todavía por sus instintos ancestrales y desobedece a Dios al obedecerles. Esto significa que cada hombre se encontrará delante del mismo dilema, que cada hombre deberá encararse con el mismo conflicto y que no saldrá vencedor más que con la condición de aplastar en sí mismo los impulsos animales y de consagrarse al triunfo del espíritu. Así desempeñará su misión de hombre y concurrirá al plan divino que tiende a producir un ser espiritualmente perfecto. El progreso humano no depende, pues, ya exclusivamente de Dios, sino del esfuerzo individual de cada hombre. Al dar al hombre la libertad y la conciencia, Dios ha abdicado una parte de su omnipotencia en favor de su criatura, y es esto el vestigio de Dios en el hombre.»

Cristo, esperanza de victoria futura

«La lucha animal contra la naturaleza, contra los elementos y contra el enemigo, la «lucha por la vida», de la que ha salido la forma humana al cabo de cerca de diez millones de siglos, se transforma en una lucha del hombre contra lo que subsiste en él de animal. Pero, en adelante, a causa de las reacciones de su conciencia, tan sólo el individuo cuenta, y no la especie; deberá probar que es el precursor de la raza futura, el antecesor del hombre espiritualmente perfecto del cual el Cristo era en cierto sentido la prefiguración, al salir victorioso del combate. Así, el Cristo puede ser asimilado a una de las formas intermedias transaccionales, adelantado tal vez un millón de años sobre la Evolución, venido entre nosotros para impedirnos desesperar y para demostrarnos que nuestros esfuerzos pueden llegar a buen término. En verdad, ha muerto efectivamente por nosotros, porque si no hubiese sido crucificado no habríamos sido convencidos.»

(6). El autor escribe, en una nota a este pasaje: «...Podría decirse que la concepción darvinista fué prevista por la Biblia.»

(7). La explicación del pecado original: he ahí una de las grandes dificultades con que tropiezan en este momento los autores, cuyas obras nos están llegando en abundancia de distintas procedencias, que intentan, en frase de Pío X, «conjugan la falsa filosofía con la fe». Se comprende el interés extraordinario que demuestra la Iglesia por una filosofía correcta; la fe no basta.

»Porque, ¿quién sabe si el Cristianismo se habría desarrollado de no haber sido crucificado Jesús?»

De nosotros mismos depende la victoria. Nuestro destino no se limita a nuestra existencia en la tierra

Profundamente naturalista, con esta profunda confusión de nociones que está amenazando con gravísimo peligro en muchas regiones el pensamiento católico, el autor en cuestión nos expone la condición de nuestra victoria como un desarrollo de las leyes morales:

«Si la ley moral domina, no se opondrá, en cambio, de ninguna manera al libre desarrollo del espíritu. Progresivamente ganará terreno y permitirá el libre impulso de todos los caracteres humanos, intuitivos e intelectuales. Permitirá el pleno florecimiento del espíritu humano y su perfeccionamiento ilimitado. Poco importa la manera como el espíritu evolucione; repetimos que lo que cuenta es el esfuerzo individual, porque el verdadero progreso es interior y depende tan sólo del deseo sincero y apasionado de corregirse, en el sentido estrictamente humano de los valores morales y espirituales. Es la voluntad de superarse, la convicción de que ello es posible y la certeza de que tal es la misión del hombre en la evolución, que constituye la ley humana.»

«El destino del hombre —prosigue— no se limita a su existencia sobre la tierra: no debe olvidarlo nunca. Porque existe menos por los actos que ejecuta durante su vida que por la traza que dejará después de sí, como una estrella fugaz. Es posible que él mismo lo ignore. Puede creer que su muerte señala el fin de su realidad en el mundo, cuando señala tal vez el inicio de una realidad más grande y más rica de sentido.»

»No puede menos que impresionarnos la desproporción que existe entre la duración de la vida de un hombre y la de su influencia sobre las generaciones futuras. Cada uno de nosotros deja un surco, modesto o luminoso...»

«...debe comprender plenamente hoy que su manera de conducirse, de cumplir sus deberes más humildes o más elevados y de resolver sus problemas sentimentales pueden hacer de él ya un colaborador de Dios, ya un desecho de la evolución. Tiene necesidad de ilustración, de consejo, de consuelo y esperanza. Una ayuda eficaz, desinteresada, no puede venirle más que de las tradiciones sabias e inspiradas de la religión cristiana, heredera de todos los tesoros espirituales de la humanidad y guardiana de la llama eterna que los hombres más grandes y más puros se han transmitido unos a otros, desde tiempos inmemoriales, por encima de los cuerpos de civilizaciones moribundas.»

* * *

El objetivo secular de los enemigos de Cristo encuentra un instrumento poderoso en estas concepciones confusionarias, que pretenden dejar abiertas las puertas a la apetencia de Dios que hay en el corazón de los hombres, y cuyo resultado sería «naturalizar» el Cristianismo, ¡Religión esencialmente sobrenatural!

El hecho es extraordinariamente grave: no puede serlo menos la responsabilidad que como filósofos católicos nos incumbe. Porque debemos ofrecer al mundo soluciones no sólo seguras, sino capaces de suplir, con su vida real, esta vida aparente del sofisma.

Jaime Bofill

A PROPOSITO DE UN ARTICULO

Un tomismo ponderado

Sobre la ola amenazadora que ya de tiempo ha venido cerniéndose sobre la Escolástica y en especial sobre el tomismo, en forma de críticas de diversa índole, se levanta todavía más impetuosa hoy la espuma de una diatriba encarnizada, cuando no el reflujo de una feroz indiferencia. Claro está que este último fenómeno, el fenómeno de la indiferencia, acaba siendo una exhibición, pero además ostentosa y en la mayoría de los casos provocativa. En la medida en que esto ocurre ha dejado de ser lógicamente una indiferencia estricta para dejar paso a un odio mal disimulado.

En nuestros tiempos, lo que ha venido llamándose modernismo constituye sin duda el enemigo más implacable de la Escolástica, por ser el más difícil de combatir, debido a su consistencia tenue, pero además tenaz.

Un artículo como el que hace poco se ha publicado en las páginas de «La Ciencia Tomista», artículo que desenmascara esa situación confusa producida en estos últimos tiempos en el campo incluso de la Teología, merece nuestros plácemes y nuestra adhesión.

Hoy se achaca a la Escolástica, y por ende mucho más al tomismo, su falta de flexibilidad; se le califica de fosilización histórica y petrificación doctrinal y sistemática. ¿Cómo ensamblar, pues, esa pieza basta y oxidada, en el engranaje de la corriente vital filosófica de la actualidad que fluye, espléndidamente lubricada, por las deslumbrantes pistas de la evolución?

Y ya hemos topado con esa asombrosa etiqueta: la evolución. ¿Quién osará negar la sugestión, el mágico efecto que este vocablo produce en nuestros oídos? Convertida en panacea universal, en aquella piedra filosofal tan ardentemente buscada desde muy antiguo, la evolución soluciona hoy todos los problemas divinos y humanos.

¿Qué puede hacerse, en consecuencia, con el tomismo, dado el progreso científico, pero sobre todo habida cuenta de la substitución en el pensamiento de las categorías filosóficas pasadas por otras nuevas, recién salidas del horno?

En primer lugar, se dice que el tomismo está muerto y enterrado.

Esta cuestión ha sido ya muy debatida. Creemos, sin embargo, que no sería vano aclarar un poco las cosas a su alrededor.

Fijémonos, por ejemplo, en un punto. Se ha dicho acertadamente que una de las causas por las que el tomismo se ha postergado, radica en el desconocimiento casi absoluto que de la filosofía del Doctor Angélico se tiene en la actualidad. Realmente esto es verdad, de tal suerte que causa vergüenza e incluso escándalo constatar hasta qué punto y medida se llega al extremo en este desconocimiento por parte de quien por su vocación, pero sobre todo por su profesión, debieran siquiera estar lo que se dice un poco enterados.

Ahora bien, no resultaría del todo peregrino analizar un poco el porqué de este desconocimiento casi absoluto.

En la raíz del filosofar y en la actitud del filósofo en cuanto tal, existe siempre un asombro y un afecto. La misma expresión griega con que se designó a los que sinceramente piensan las cosas en su auténtico ser, lleva en su seno esta significación. Nunca pueden ahondarse las cosas y las personas y penetrar en su intimidad mientras el corazón, que es quien mueve en último extremo al filósofo,

como a todos los hombres, no se abra afectuosamente hacia ellas. Digamos ahora que la filosofía tomista se ha desconocido por un deliberado deseo, o si se quiere instinto, de desconocerla. Ha sido postergada porque sus enemigos la han relegado a la indiferencia del menosprecio, para llegar finalmente a rebajarla por el desprecio. No pretendemos ni mucho menos que esto remate la cuestión, que de sí es más compleja. Lo que si decimos es que por lo que se refiere a la consideración en que se tiene a la Escolástica, este espíritu superficial moderno y modernista puede diseñarse bajo aquellos trazos, paradójicamente es cierto, cuando se echa en falta dentro del tomismo la categoría del amor. Para esta idolatría del ingenio; a la que se han convertido desgraciadamente tantas personas, está radicalmente vedada la obra impecable de Santo Tomás. Porque si es verdad que todo gran pensador requiere que entremos en sus obras y en su pensamiento con espíritu amplio y facultades de rumiante, si se nos permite esta expresión de grave significado y que no somos nosotros los primeros en emplear, si esto es así, repetimos, lo será mucho más y con mayor razón tratándose de Santo Tomás por su circunstancia histórica, por el carácter de su obra, y por la idiosincrasia de su persona.

A nadie se le ocurrirá la atrocidad de negar que el progreso científico ha substituído legítimamente muchas de las teorías de aquel tiempo. De aquí que sea tan absurdo pretender reeditar la obra de Santo Tomás tal como éste la dejó en su siglo, como injusto negar que un tomismo auténtico puede sobrellevar la carga de los siglos una vez limadas las asperezas de la expresión y lo inadecuado que pudiera haber en ciertas soluciones sin mayor importancia para la filosofía como tal, que ese recto sentido del Santo le hubiera permitido corregir de vivir en nuestros tiempos.

Sabido es que Santo Tomás fué principalísimamente teólogo y filósofo. Pensó las cosas en una síntesis extraordinaria que puede tener vigencia en el pensar moderno, tan necesitado, por otra parte, precisamente de síntesis. Y todo esto lo podemos discutir y considerar, pero a condición de discutir y considerar previamente una cuestión fundamental. De lo contrario nos ecurriríamos en esa región donde todos los gatos son pardos. Esta cuestión previa, primordial y hasta diríamos insobornable, si es que podemos emplear esta transposición de sentido, es el problema de la verdad.

Decimos cuestión fundamental porque creemos que por ahí debe empezar toda discusión, y añadimos insobornable porque justamente en esto no podremos entendernos nunca con los evolucionistas, sobre todo con aquellos que afirman una verdad en proceso de eterno cambio. Sólo podemos conceder que hoy no somos *lo que éramos* ayer a trueque de que se nos conceda que somos *los mismos*. De tal modo la verdad es inalterable. El que niega que la verdad es hoy la misma que ayer, niega que la verdad existe y esto resulta absurdo si se considera que quien niega la verdad está afirmando lo verdadero cuando cree precisamente estar negándolo.

Estar en la verdad quiere decir ahora y siempre reflejar diáfanoamente el auténtico ser de las cosas. Todo lo cristalínamente que lo puede reflejar el espíritu humano, tan cercano a ellas y tan distante por su naturaleza.



SANTO TOMAS DE AQUINO

He aquí el verdadero subjetivismo del tomismo, cuando también se le niega esta categoría del pensamiento moderno. Las cosas no están en nuestro entendimiento según su naturaleza propia, sino según el modo de ser del entendimiento. ¿Han parado la atención los detractores del tomismo, pongamos por caso, en el significado de la palabra «intencional» en la urdimbre que con él forma la doctrina del conocimiento entero de Santo Tomás?

Por eso decimos no sólo que es imposible la inteligencia con los evolucionistas, sino que el tomismo, un tomismo abierto y comprensivo, puede tener actualidad suficiente para enfrentarse con las que se llaman otras filosofías. Todavía más, un tomismo de tal naturaleza tiene virtualidad suficiente para superarlas, por el hecho mismo de las necesidades especiales de nuestro tiempo que son apremiantes y además exigen una filosofía integral.

En esta línea de conducta se sitúa, por ejemplo, el excelente artículo a que nos referíamos antes, publicado en *La Ciencia Tomista* (1), cuya actitud y posición no vacilamos en calificar de *tomismo ponderado*.

(1) Vid. n.º 231. Enero-Marzo 1949 de *La Ciencia tomista*. - *La inmutabilidad de la Teología y el actual problema teológico*, por Emilio Sauras, O. P.

Como su título indica, el artículo citado se propone un tema de actualidad candente. ¿Es aceptable en nuestros días lo que pensaron los antiguos? ¿Son aprovechables tan siquiera las categorías en que lo pensaron? El autor trata en especial de la Teología, y planteándose la cuestión se pregunta: ¿Habrá muchas Teologías?

El artículo es suficientemente interesante para que lo que llevamos dicho hasta aquí sea todo lo más a guisa de preámbulo de su contenido.

«Si la Teología —dice el mencionado trabajo— es la inteligencia de la fe, obtenida, entre otros medios, con el auxilio de las nociones que pone en nuestras manos la filosofía, surge inmediatamente un problema vivo y angustioso. Es un hecho la existencia de muchas filosofías; lo es también la existencia de muchas categorías filosóficas distintas; más aún, diversas, y hasta opuestas. No faltan ocasiones en que una categoría, una misma fórmula o idéntica palabra, tiene uso muy distinto, y hasta inconciliable en unas y otras filosofías. ¿Nos llevará esto a afirmar la posibilidad de que existan muchas Teologías? Como hay una Teología escolástica, ¿podrá haber otra evolucionista y otra existencialista?»

Pero como es necesario contar con los hombres de

la época que han de recibir la enseñanza, pues de lo contrario se frustra el objetivo que principalmente se propone la Revelación, y como los hombres de cada tiempo viven distintos problemas resueltos con distintas formas de pensar, ¿no tendremos que conceder a los modernistas la existencia de múltiples teologías?

«Tal es la conclusión a la que no se ha dudado en llegar; conclusión cierta y verdadera, si cierto y verdadero fuera el principio de donde parte, el relativismo absoluto de la verdad filosófica.»

El citado artículo explica el planteamiento de la cuestión por parte de los modernistas:

«Un espíritu hecho a vivir su propia vida, que respira un ambiente reflexivo y subjetivista que siente los problemas desde el punto de mira de sí mismo; un espíritu, por ejemplo, existencialista ¿habrá de aceptar una teología cargada de aristotelismo, que conjuga los problemas de la fe con la categoría de la verdad-objeto, de la verdad que responde a la realidad objetiva, de la verdad cuya medida es lo que hay fuera de nosotros? Esta teología no le sirve; le servirá la teología que le presente la verdad-sujeto; la verdad en él; la verdad *vivida*, no la verdad *dictada*. Asimismo, un espíritu actual no puede aceptar una teología hecha con el molde de las categorías aristotélicas, que expresan la filosofía inmutable de las esencias; y esto porque la verdad intemporal no es operante para quien piensa a través de las categorías del tiempo, de la evolución o de la historia.»

«Hoy, Santo Tomás haría una teología subjetivista e historicista. Empeñarnos nosotros en no hacerla es convertir en inútil e ineficaz cuando menos la ciencia de lo revelado.»

Y todo esto se lleva hasta el extremo de juzgar absolutamente estéril lo pasado, de tal modo que sería ganas de perder el tiempo el pretender cualquier renovación de lo antiguo:

«Y ha surgido entre los teólogos católicos un morboso desdén por la escolástica; desdén que no falta quien lo hace extensivo también a la patristica. Mejor dicho, un desdén por la escolástica y la patristica actualizadas, por la escolástica y la patristica exhumadas en el siglo veinte o aplicadas a los problemas del presente (...). La escolástica es extraña a la subjetividad, a la evolución y a la solidaridad de unos hombres con otros; tres datos imprescindibles hoy, sin los que para un espíritu del día los problemas se hacen ininteligibles.»

El articulista, después de referirse a las múltiples posiciones adoptadas en torno a esta cuestión desde el tradicionalismo a ultranza hasta el evolucionismo más exagerado, hace resaltar las palabras del Papa exhortando a la prudencia (2). Por nuestra parte queremos traer aquí algún fragmento de un interesantísimo, y en general poco destacado artículo, de una personalidad relevante del Vaticano, publicado hace ya tiempo en estas mismas columnas (3). Allí se dice:

«La Iglesia no exige la infalibilidad a los teólogos, pero les pide inteligencia y prudencia. Por desgracia, la discreción, llamada por San Benito madre de la virtud, es como el oro, apreciado por todos pero no de todos poseído.

»Es cosa grave el constatar que algunos cuidan menos de aprender, es decir, de tomar posesión científica del tesoro adquirido por la teología, que de construirse una con métodos subjetivos más o menos arbitrarios: fascinados más por la novedad que por la verdad, y más satisfechos de lo que pueden construir con las manos que de recibir el don divino que la Iglesia les presenta.

(2) Vid. en este mismo número las alocuciones del Papa citadas en el artículo del P. Sauras.

(3) Vid. n.º 104 de *CRISTIANIDAD* el artículo del P. Mario Cordovani, Maestro del Sacro Palacio Apostólico, cuyo título es: *Verdad y Novedad en Teología*.

»Se habla de evolución, de poligenismo, de eucamenismo, etc., condescendiendo fácilmente, de una manera poco honrosa para la ciencia católica, con hipótesis y novedades no controladas científicamente.

»Las intenciones podrán ser buenas: pero en la Teología las intenciones no bastan, y en la práctica de la vida las mismas intenciones deben estar encuadradas en la verdad.»

No cabe duda que estas palabras son graves de sentido, más si cabe por el hecho de haber sido pronunciadas por quien tiene responsabilidad para ello. En efecto, «fascinados más por la novedad que por la verdad», como tantas veces ha repetido el Papa, tales teólogos pretenden que «una Teología no actual es una Teología falsa», entendiéndose por actual lo que es puramente novedoso.

«Esta actitud —continúa el autor del artículo de «La Ciencia Tomista»— es inaceptable porque la verdad no es lo actual, sino lo que se ajusta a lo real; es verdadera una cosa, no porque sea actual o deje de serlo, sino porque se ajusta a la realidad. ¿A qué se reduciría la necesidad de las nociones filosóficas y la estabilidad e inmutabilidad de los dogmas, si la verdad dependiera de su temporalidad?

(...) »Hay en esto un equivoco, y porque una verdad sea eterna se la acusa de ser intemporal. Y como quiera que las verdades de que el hombre debe preocuparse han de valer para el tiempo, parece seguirse que quien vive el mundo de las esencias vive un mundo que no es el suyo. No es así. El hecho de que una cosa sea intemporal no quiere decir que no tenga eficacia en el tiempo y que no valga para quien en el tiempo vive. Como tampoco se sigue que del hecho de que una cosa sea impersonal tenga que abstraer de las personas. Es intemporal lo que está fuera del tiempo y no tiene aplicación a él; y lo es lo que no es de ningún tiempo determinado y vale para todos. Como es impersonal lo que está fuera del alcance de las personas y es también lo que no es de una persona determinada pero vale para todas. Así sucede con la verdad, que por depender, no de las circunstancias mudables, ni de las condiciones subjetivas, sino de lo real, tiene fundamento objetivo y necesario. Y, en consecuencia, está sobre las contingencias de los tiempos y de los individuos. Sin embargo, los individuos la obtienen en el espacio y en el tiempo, y en el espacio y en el tiempo pueden hacer uso de ella y aprovecharse de su eficacia.

(...) »Pero hay más, es que con ello desaparece el punto de apoyo de toda evolución y progreso. La evolución sin metafísica es ininteligible como ininteligible es lo actual que llega y pasa, si no dice referencia determinativa de algo permanente. La evolución supone cuando menos dos cosas permanentes: la ley evolutiva, que marca el sentido del progreso, y el sujeto que va adquiriendo la perfección en etapas sucesivas.»

Y a continuación afirma rigurosamente:

«Dijimos más arriba que no nos hacíamos eco de ciertas aplicaciones concretas, que quienes se colocan en esta posición evolucionista o historicista extremosa han hecho de dogma, porque se trata de aplicaciones claramente colocadas fuera de la ortodoxia. Las explicaciones que se han dado de algunos dogmas cristianos adaptándolos a las exigencias de la mentalidad actual, son del todo inaceptables. Estamos plenamente convencidos de que en este caso se ha desbordado la actitud noble y legítimamente *actualista* de beneméritos teólogos.»

Y sigue diciendo:

(...) «Decir que es inútil el pasado, dar a la filosofía y a la Teología el efímero valor que se da a una invención de moda que hoy es y no dejará huella en el mañana, es desconocer el valor de su contenido. Creemos que hoy se padece una inflación de historicismo, por lo que no se aprecia la eficacia que en todo momento tienen las cosas

colocadas sobre la contingencia de cada hora. Es más, creemos que esta inflación no deja apreciar ni siquiera la verdadera historia, y coloca a los historicistas en una situación contraria a ella. Porque cabe dudar del espíritu histórico de quien estudia las cosas de hoy con las categorías de hoy y sin apreciar la influencia que en el presente pudieron tener las cosas y las categorías permanentes y de siempre. Quien tal haga poseerá un espíritu empírico, pero no un espíritu verdaderamente histórico. Suele decirse de los teólogos escolásticos que estudian hoy con criterios exclusivamente del pasado. Si alguno lo hace no obra bien. Pero no es más laudable estudiar hoy con criterios exclusivamente del día sin tener en cuenta que lo que fué de ayer y lo que es de siempre deja sentir su influencia en lo que al presente vivimos y apreciamos.»

Aborda después el autor citado el aspecto positivo y constructivo del problema: lo que se refiere a la elaboración de una filosofía integradora de las esencias permanentes del tomismo:

«La cuarta actitud es la del progreso evolutivo de la filosofía del pasado supuesta su gran virtualidad, no del todo explotada, que puede ser desentrañada y servir de modo eficiente a los problemas del día. Y a este progreso evolutivo añade el asimilativo, resultado de la integración en ella de mucho de lo que se dice hoy, sin aceptar por esto los principios de las filosofías modernas.

»Esta doble labor, de desarrollo de la propia virtualidad y de integración de ciertas actitudes en los principios de nuestra filosofía, es de una importancia trascendental, y creemos que no se lleva a cabo en la medida de lo posible.

»Es cierto que la filosofía no ha adquirido todo su desarrollo y también que no se ha agotado la problemática del hombre. Si los nuevos problemas no pueden ser afrontados con la filosofía del pasado en el estado de desarrollo que en el pasado adquirió, lo serán con su virtualidad desentrañable; o cuando menos podrán integrarse en dicha filosofía.

»Cualquiera de estas soluciones son viables. Ciertamente se necesitará algo nuevo, bien sea desarrollo de lo ya habido; bien sea aplicación nueva de lo mismo; bien sea nueva faceta en la que no se había parado la atención, pero del todo acorde con los postulados básicos y definitivos de la filosofía que profesamos. Lo que no es viable es dar explicación a los problemas de hoy mediante una filosofía en pugna con lo que ya es definitivo, que en este caso dejaría de serlo, pues se derrumbaría ante los problemas que exigen ser explicados por filosofías opuestas o principios que se presumían inmutables.

(...) »Los extraños desconocen la escolástica, a la que tildan de inactual, sin pensar que puede ser actual, aunque sea muy antigua, porque baraja elementos que son de siempre, y por lo tanto de cada día. Cuando se acercan a ella se admiran de lo que ven. La pena es que muchos que tienen deber de conocerla hagan coro a los tópicos barajados por los extraños cuando afirman la estatificación y la ineficacia actual de nuestra filosofía. Sin duda les sería fácil y útil gastar las energías en la noble labor de desentrañar su virtualidad y de integrar en sus principios permanentes las situaciones de la hora actual. No hay que hablar de caducidad; no hay que co-rear a los enemigos de nuestro pensamiento; no debemos presentarnos ante ellos poseídos de un vulgar complejo de inferioridad. Para atraerlos a nuestra fe no necesitamos pasarnos a sus filas; será más gallardo, más verdadero y más eficaz demostrarles que lo bueno que tienen, libre de toda escoria, puede salvaguardarse en nuestras filas. Lo repetimos de nuevo, no hablar de caducidad de lo nuestro, sino de su gran virtualidad. Ciertamente que nuestra filosofía no ha llegado a la meta, ni ha agotado sus posibles aplicaciones; pero no se llegará a la una

ni se agotarán las otras declarándola ineficaz, sino haciéndola progresar.

»Sería pueril afirmar que los escolásticos, por geniales que fueran, han dicho cuanto se puede decir. Nuestro quehacer actual no es el de repetir lo que dijeron nuestros maestros, es cierto. Papel poco airoso sería el de una simple repetición de Aristóteles o de Santo Tomás. Tenemos el noble quehacer de desarrollar lo alcanzado por ellos. Por eso, cuando se presentan nuevas facetas de las cosas y nuevas facetas de la verdad con la que las cosas se representan, hemos de alargar los principios y aplicarlos a estas nuevas manifestaciones. Y si nuestros principios no tienen virtud para llegar hasta ahí, hemos de dar a estas cosas una explicación que no ponga en entredicho nuestras posiciones ya definitivas. En una palabra, tenemos la doble labor de desarrollar lo que en lo nuestro hay, y de integrar en lo nuestro lo que no puede ser alcanzado con lo que tenemos.»

Pasa luego el autor a explicar el sentido de la verdad y del conocimiento en la filosofía perenne para hacer después las aplicaciones consiguientes a los problemas debatidos.

«Decíamos que el concepto filosófico tiene tres relaciones: una con la realidad de las cosas, de la que depende que el concepto sea verdadero o falso; otra con el sujeto; otra con los demás a quienes se da a conocer. Algo parecido sucede con el concepto teológico. Veámoslo:

«Las realidades teológicas, que son sobrenaturales, no están al alcance del hombre, ni se captan por los conceptos que éste puede tener como efecto de su propio razonar. Es necesario que se le diga precisamente que las categorías con que él cuenta representan dichas realidades sobrenaturales. Y esto lo hace Dios mediante la revelación explicada por la Iglesia, con la que le manifiesta estas realidades utilizando para ello lenguaje, categorías y esquemas humanos. Este lenguaje, estas categorías y estos esquemas, tienen un sentido objetivo; una relación con la realidad divina; una verdad divina por lo tanto, sólo apreciada por Dios, quien ve la realidad sobrenatural a la que se acomodan. En consecuencia, la verdad teológica consistirá en la acomodación de los conceptos que tenemos con el sentido que Dios dió a las palabras reveladas. El sentido divino de lo revelado es lo que aquí hace las veces de objeto al que nuestro concepto debe acomodarse para que sea verdadero. Lo que no quiere decir que este concepto se desentienda de lo real, porque sabemos que lo que Dios dijo y a lo que el concepto teológico se acomoda es una realidad divina.

»En consecuencia, todo problema teológico, plantéese cuando se plantee, por quien lo plantee y en las circunstancias más diversas que sea, dejará de serlo en el momento en que no salve lo que acabamos de decir; en el momento en que no acomode su sentido al sentido de los datos revelados. No puede hacerse Teología de otra manera. Cuando se introduce un concepto cuyo sentido objetivo es distinto del sentido que Dios dió a la Revelación, ese concepto deja de ser teológico. Hablo de una distinción que llega hasta la imposibilidad de integrar dicha noción en el desenvolvimiento homogéneo de las fórmulas reveladas. Por desgracia, en la nueva Teología no han faltado explicaciones de dogmas que no salvan el sentido revelado de los mismos, y, por lo tanto, son totalmente rechazables.

»La segunda relación del concepto teológico no es constitutiva de la verdad sino traductora. La verdad teológica se hace mediante la conformidad con lo revelado o con la verdad divina; la traducción se hace utilizando categorías aptas a nuestro entendimiento particular, para que éste pueda apreciar lo revelado. Lo que venimos llamando concepto subjetivo puede cambiar en Teología, como dijimos que podía cambiar también en filosofía.

Pero así como el cambio en ésta, afirmábamos, debe respetar siempre la correspondencia con el objeto, o sea, así como no es aceptable ningún cambio que deforme la verdad, así el cambio de las categorías teológicas debe respetar siempre la correspondencia con el objeto, que es la verdad revelada. Y no será aceptable ningún cambio que no salve el sentido de lo revelado, sentido que no es otro que el propuesto por la Iglesia.

»Por último, existe la tercera relación del concepto que es lo que se refiere a aquellos a quienes se da a conocer la verdad teológica que previamente nos hemos traducido nosotros. La Teología es para que cada uno la entienda y para que la entiendan todos, porque decíamos más arriba que de la posesión de esta ciencia no se excluye en principio a nadie. Por lo tanto, ha de tener aptitud para que todos la entiendan. De ahí que sea preciso admitir unos cambios de términos y expresiones. A este propósito hemos de hacer tres advertencias. El contenido escolástico de la Teología es, desde luego, firme, pero es que además tienen una fuerza especial las traducciones escolásticas de este contenido. Y esto porque no debemos olvidar que Dios reveló frecuentemente, acomodándose a una mentalidad griega (ciertos libros del Antiguo Testamento; bastantes, y muy principales, del Nuevo), utilizando categorías griegas, y categorías griegas son también las escolásticas. Además, existe la constante recomendación que la Iglesia hace no ya del contenido sólo, sino hasta de la forma externa (de las categorías) de la Teología escolástica, y el uso que de ellas

hace en sus definiciones o determinaciones del sentido de lo revelado.

»Concluamos, pues, que no es admisible un evolucionismo teológico objetivo, que cambia el sentido de las fórmulas reveladas. Eso sería destruir la verdad teológica. Existen, en cambio, el evolucionismo o progreso de la verdad, consistente en desentrañar cada vez más el contenido que en ellas se encierra, y el del cambio en los conceptos subjetivos y en las fórmulas, cambio que puede a veces ser útil y hasta necesario.»

Y puesto que la cuestión sigue en pie recordaremos las palabras del P. Mario Cordovani en el artículo a que hemos hecho referencia antes (4):

«De todas maneras es gran satisfacción el poder contemplar el torrente de luz intelectual que la Revelación ha hecho resplandecer en medio del mundo; mas si no permaneciera vigilante un Maestro infalible que impidiese la mixtificación de aquella luz, llegaríamos a transformar en noche incluso este divino sol.

»Recordemos que es propio de los humanos errar, pero sólo la obstinación es maldad.

»Es bueno constatar que el sabio se corrige antes que el instruido y éste antes que el mediocre.

»La facilidad en corregirse es proporcional al grado de elevación.»

Francisco Hernanz

(4) *Verdad y novedad en Teología*, por M. Cordovani.

El acuerdo de todas las escuelas de Filosofía cristiana

En los problemas verdaderamente fundamentales todos estamos de acuerdo: en la distinción esencial entre Dios y las criaturas contra cualquier género de panteísmo; en la distinción entre el espíritu y la materia, contra el materialismo; en admitir la capacidad cognoscitiva de nuestra mente, capacidad que no se coarta ante ningún ser, que penetra hasta lo íntimo de las cosas, y que se eleva hasta Dios, la razón primaria y el fin último de todas las cosas. Un verdadero abismo nos separa a todos nosotros del escepticismo, del relativismo, del positivismo antimetafísico; todos nosotros construimos nuestra ética y nuestra sociología sobre el mismo fundamento de la persona humana, libre y orientada hacia Dios. Así que todos caminamos hacia un mismo fin, aunque por distintos caminos, y todos luchamos en un mismo frente por una misma ideología católica, aunque con distintas armas. Sólo en Dios hay unidad perfecta; en cambio en todo lo que no es Dios no hay sino unidad en la variedad. Esto puede aplicarse, aunque a su modo, a las distintas direcciones filosóficas y teológicas de la escolástica, que difieren en cuestiones particulares, pero dan una respuesta uniforme a los problemas esenciales. Dios y la realidad son tan abundosos, que nosotros seres limitados jamás los podremos abarcar perfectamente. Es, pues, deseable que exista diversidad de direcciones, a fin de que puedan apreciarse en una mutua complementación todos los aspectos de una misma verdad. De lo contrario se correría peligro de caer en la unilateralidad y en la estrechez de corazón. Por consiguiente, toda dirección doctrinal tiene su misión providencial, lo mismo que las dotes y talentos de los hombres que la han fundamentado. Para nosotros el conocimiento de la realidad se verifica siempre en una síntesis de a priori y a posteriori. El cultivo unilateral del primero conduce fácilmente a una construcción irreal, mientras que una insistencia exagerada en el segundo corre peligro de perjudicar a la unidad y trabazón sistemática. Por eso es también providencial que la posición preferentemente apriorista del tomismo tenga el contrapeso de una dirección preferentemente aposteriorista, y viceversa, a fin de que cualquier dirección preserve a la otra de las unilateralidades, y ambas se completen armónicamente en una mutua colaboración comprensiva y pacífica al progreso de la ciencia. La perfección de la síntesis ha de ser el ideal que ha de tener a la vista toda dirección y todo individuo, y eso aunque sepamos que sólo vamos a realizar a medias el ideal propuesto.

En este sentido propuso Pío XI a Santo Tomás como Doctor y Guía de todas las escuelas escolásticas, a fin de que todas, siguiendo su ejemplo y su espíritu, luchan con santa emulación, y guardándose el mutuo respeto, por un conocimiento cada vez más profundo y más amplio de la verdad dejando a cada uno la debida libertad donde quiera que la Iglesia lo permita, in omnibus caritas.

(De la obra «Acto y Potencia», del P. Lorenz Fuetscher, S. I.)



P. Jansens

¡He ahí la gran obra que de

«Se trata de la Casa de Jesús...»

Fragmento del discurso del Papa
a la Congregación General de la Compañía de Jesús
(19 septiembre de 1946)

Malos son los tiempos, porque los hombres son malos. Tienen que hacerse buenos los hombres para que los tiempos vuelvan a ser buenos. Siente y comprende la Iglesia que a ella pertenece como a ninguno rechazar tanto cúmulo de males y curar al mundo enfermo, y esta labor la emprende con suma confianza con la ayuda y en la gracia de Dios, porque de nuestro tiempo se puede decir aquello del Doctor de las gentes: «Donde abundó el delito sobreabundó la gracia.» También en nuestros tiempos brilla el sol de la salud, cuando también a nosotros nos invita al trabajo apostólico, diciéndonos: «Levantad vuestros ojos y ved las heredades que están ya maduras para la siega.» Esta voz del Redentor divino sale ante todo de las misiones entre infieles y nos proporciona un consuelo maravilloso; pero sale también de las regiones y pueblos desde antaño completamente cristianos y católicos, porque muchas veces crece el fervor religioso de los fieles inflamado con nuevos estímulos. Muchas veces se elevan hacia la Iglesia los corazones de los hombres, esperando de ella la salvación más que de otro ninguno. Muchas veces son numerosísimos los que verdaderamente tienen hambre y sed de la justicia y arden en deseos de la luz divina de la gracia. He ahí la gran obra que debe llevar a cabo la Iglesia. Para lograrla confía también en vosotros, confía en vuestro celo, confía sobre todo en vuestra profesión religiosa y vuestra doctrina. ¿Quedará frustrada nuestra esperanza? De ningún modo. Por experiencia sabemos qué celo tan denodado os mueve y enciende. Se trata de la causa de Jesús. Y la Compañía de Jesús contribuirá en gran manera a preparar este triunfo, arrastrando a otros muchos con su ejemplo. Pero tenéis que observar algunas condiciones para que sea una feliz realidad lo que Nos nos prometemos y para que colméis nuestra expectación.

Si queréis ser apóstoles intrépidos en el verdadero sentido de la palabra esforzaos asiduamente por formaros y embeberos del todo en el espíritu de los ejercicios de vuestro santo padre Ignacio. Procuraos virtudes sólidas y sobrenaturales, y con fe ardiente poned todos vuestros talentos al servicio de Cristo nuestro Señor. Esforzaos por aumentar por este medio en vosotros, miembros vivos del cuerpo místico de Cristo, los tesoros de la gracia celestial.

Habéis de ser no sólo de nombre y en realidad varones verdaderamente religiosos, sino también de mucha doctrina. Ejercitáis el oficio de enseñar de palabra y por escrito la Teología, la Sagrada Escritura y las demás ciencias eclesiásticas, así como la Filosofía. Este, que es un excelente honor y un trabajo noble, os impone al mismo tiempo una gran responsabilidad de vuestro cargo. A todos y cada uno de los que han recibido esta misión clama el Apóstol: ¡Oh, Timoteo, guarda el depó-

sito, evitando las novedades profanas y las contradicciones de la ciencia, que falsamente se llama tal!»

Los hijos, pues, de la Compañía de Jesús, para corresponder fielmente a tan grande esperanza, observan con toda diligencia sus leyes, que les mandan el seguir la doctrina de Santo Tomás, como la más sólida, más segura, más aprobada y más conforme a las constituciones, y, al mismo tiempo, con la inquebrantable constancia que les es propia, se adhieren al magisterio de la Iglesia, teniendo ánimo aparejado y pronto por usar las mismas palabras del santo fundador de vuestra Compañía, para obedecer en todo a la Esposa de Cristo nuestro Señor, que es la nuestra Santa Madre Iglesia.

Pero si, ante todo, han de cultivar la fe, deben también procurarse una ciencia esmerada y perfecta y, siguiendo las ilustres huellas de su Instituto, continuar los progresos del saber en cuanto puedan y como puedan, persuadiéndose de que por este camino, aunque áspero, podrán conseguir mucho a la mayor gloria de Dios y de la edificación de la Iglesia. Además, han de hablar de palabra o por escrito a los hombres de su tiempo, de tal suerte que se les escuche con facilidad y agrado. De donde se deduce que en plantear y formular las cuestiones, en el aducir los argumentos y en el mismo modo de expresarse tienen que adaptar prudentemente su hablar a la índole y tendencias de su tiempo; pero lo inmutable nadie lo ha de mover. *Mucho se habla, pero no siempre con acierto, acerca de la nueva Teología, que evoluciona con la evolución de las cosas, en continua marcha, pero sin llegar nunca a su meta.* Si hubiera que admitir semejante opinión, ¿qué sería de la inmutabilidad de los dogmas católicos, qué de la unidad y estabilidad de la fe? Así, pues, al mismo tiempo que tenéis por santo y sagrado respetar la verdad indefectible, procurar estudiar y resolver los problemas que va presentando la actualidad, sobre todo si pueden originar obstáculos y dificultades a los fieles ilustrados. Más aún: al explicarlos, convertid el impedimento en ayuda, confirmando con ello mismo su fe. Pero cuando se discuta sobre cuestiones nuevas o libres, no se pierdan nunca de vista los principios de la doctrina católica. Lo que en Teología suene completamente a nuevo, examínese con atención cautelosa; distingase lo cierto y seguro de lo probable. Tiéndase una mano amiga a los que yerran, pero no se condescienda en nada con las ideas erróneas.

Después de esta exhortación, amadísimos hijos, os damos con afecto la bendición apostólica y con insistentes plegarias imploramos de Dios para vosotros la gracia, sin la que nada podemos y con la que todo lo podemos, para que, según la tradición, os deis con nuevo empeño a la causa santísima del Evangelio. Obrad con fortaleza en las cosas fuertes; creced en la gracia y conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A El sea gloria ahora y por toda la eternidad. Amén.

Se llevar a cabo la Iglesia!

«...De los fundamentos mismos de la filosofía perenne y de la teología»

Fragmento del discurso del Papa
a los Padres Capitulares de la Orden de Predicadores
(22 septiembre de 1946)

Al pensar y reflexionar Nos sobre el tema que con utilidad y oportunidad hubiéramos podido escoger para nuestro discurso, nos saltaron a la vista unas palabras de vuestras Constituciones, dignas de ser meditadas: «Perseverantes en la paz, asiduos en el estudio, celosos en la predicación.» La frase es breve, pero el sentido es muy abundante. Ceñido es el giro, pero de mucho peso su precepto, porque brilla en él el carácter de las principales virtudes que han de ser programa, meta y faro para la selecta y amada familia de Santo Domingo en su gloriosa ruta. (...)

Asiduos en el estudio

No es vuestra paz ocio perezoso. Por el contrario, lleva a cabo una obra que sucede a las demás en magnitud e importancia, porque os aplicáis a resplandecer en el estudio de la ciencia, sobre todo enriqueciéndoos cada día con un conocimiento más cumplido de las verdades divinas, meditando, ilustrando y defendiendo las verdades reveladas. Que para cada uno de vosotros os sirvan de acicate para conseguir una ciencia cada vez más copiosa, no ajena de la santidad de la vida, aquellas palabras de San Jerónimo: «Nunca caiga el libro de tus manos y tus ojos. Apréndase el «Salterio» de memoria; que la oración sea incesante, que el alma esté alerta y no abierta a los diversos pensamientos; que tanto el cuerpo como el alma tiendan al Señor.»

Vosotros, que siempre habéis dado la parte principal al estudio de la teología y filosofía, con mucha razón os preciáis de la eximia gloria de haber dado a la Iglesia a Santo Tomás de Aquino, maestro común de estas ciencias, quien tiene, tanto para instruir a los principiantes como para progresar en las investigaciones, una autoridad especial, declarada por aquel decreto del Derecho canónico: «Los profesores han de tratar en los estudios de Filosofía racional y de Teología, así como la formación de los alumnos en estas asignaturas, según la manera, la doctrina y los principios del Doctor Angélico, ateniéndose a ellos santamente.»

Ya en otra ocasión, siguiendo las huellas y consejos de nuestros predecesores, hemos observado la importancia de este decreto, pero en esta materia parecen ser ahora de menor importancia aquellas cuestiones en las que bajo la guía y orientación del magisterio eclesiástico, hubo siempre libre opción a opinar y disputar, por más que también se hayan de tocar en las investigaciones filosóficas y teológicas y en las disputas... Ahora se trata de los fundamentos mismos de la filosofía perenne y de la teología, fundamentos que toda razón y ciencia que se llame y sea católica reconoce y venera, porque se trata de la ciencia y la fe, de su naturaleza y mutua relación; se trata del fundamento mismo de la fe, que ninguna censura ha de poner en peligro; se trata de las verdades re-



P. Suárez

veladas por Dios y de si el entendimiento puede penetrar en ellas con ciertas nociones para deducir de ellas nuevas verdades.

La obra de Santo Tomás de Aquino

En pocas palabras: *se trata de saber si lo que Santo Tomás de Aquino construyó por encima y más allá de todo tiempo, en un cuerpo de doctrina con los elementos aportados por los sabios de todas las edades, estriba en una roca sólida, de si vale para siempre, de si también ahora es defensa eficaz de la fe católica* y proporciona seguridad y equilibrio a los nuevos progresos de la filosofía y teología. La Iglesia por cierto lo afirma, estando persuadida de que éste es un camino seguro para conocer y confirmar la verdad. Por ello, ella, por medio de una constitución apostólica —«Deus scientiarum Dominus»— publicada el 24 de marzo de 1931, confirmó el mencionado precepto del Código de Derecho Canónico. «Presentes en la filosofía» —así se ordena allí— de suerte que los alumnos se forman en una completa y coherente síntesis doctrinal, según el método y los principios de Santo Tomás de Aquino; y en la teología, una vez expuestas las verdades de la fe y demostradas con la Sagrada Escritura y la tradición, se examinen y expliquen su naturaleza e íntima razón de ser, conforme a los principios y a la doctrina de Santo Tomás de Aquino. Y si hace falta, no será difícil, como lo demuestra el uso y la experiencia, traducir para los seglares a la claridad del estilo moderno, y explicar con frases más abundantes las fórmulas técnicas que suelen resultar oscuras para los no iniciados en estas materias. Y pues estas cosas tienen fuerza de ley que está en vigor para todas las escuelas católicas de filosofía y teología, mucho más esperamos de vosotros, que no sólo guardéis externamente, sino aun con íntima persuasión y empeño, las normas que se refieren a la común doctrina católica y las que atañen al derecho y al orden social. Manejad asiduamente los códigos en los que se contienen las nociones, leyes e historia de la religión. Los progresos modernos, encaminados sagazmente y aplicados para utilidad de las ciencias sagradas. Que en vuestra paz, amiga y compañera de una actividad serena, resplandezca con verdaderos destellos celestiales, así como entre las empinadas montañas el lago, coronado de pinos, refleja en su serenidad el cielo azul.

* * *

Tres son, pues, las cosas a las que tenéis que aplicar vuestros cuidados y pensamientos para ser de nombre y de hecho dominicos: la paz, el estudio de la ciencia, la predicación; cosas no separadas, sino juntas; ni divididas, sino amadas de consuno. Con estos recursos honrad vuestra profesión; venid a ayudarnos en nuestro ministerio; socorred a este mundo desquiciado.

Sobre el carácter «científico» del conocimiento histórico

(Notas introductorias sobre la necesidad de una Teología de la Historia)

El creciente interés por la Historia y por una consideración del aspecto histórico de todos los problemas, conduce repetidamente a plantear la cuestión acerca del carácter y valor «científico» del conocimiento histórico, y de la posibilidad ulterior de una Filosofía de la Historia.

Preguntas paralelas a las que versan acerca del «*sentido*» de la Historia. Porque sólo lo que tiene «sentido», lo que tiene «razón de ser» es inteligible, es decir, capaz de ser alcanzado por el entendimiento.

El auge del positivismo, al producirse contemporáneamente a una sobrevaloración de la «ciencia», considerada sin reservas como el más elevado tipo de conocimiento, contribuyó a dejar incompletamente planteados estos problemas.

Entender como una «ciencia» al conocimiento histórico equivalía, para la mentalidad positivista, a explicar por un determinismo sujeto a leyes naturales todos los fenómenos de la vida individual y colectiva del hombre. Una concepción ulterior, que reconoce la libertad como constitutivo característico de «lo histórico», ha incluido el conocimiento de la Historia dentro de un nuevo grupo de «ciencias» llamadas «culturales» en contraposición a las ciencias «naturales»; mas con ello ha levantado un nuevo problema por la imposibilidad de reducir la vida de la libertad como tal a la determinación de leyes universales y necesarias. Se ha venido, entonces, a pensar si habría que negar al conocimiento de la Historia el carácter de «ciencia», creyendo volver al pensamiento de Aristóteles.

En efecto: parece preciso conceder que, si bien la libertad humana, sobre todo en la vida social, está condicionada por las leyes de la naturaleza del Mundo y del Hombre (1), y aun es posible formular leyes más o menos probables que regulan la existencia y el progreso de la Sociedad, sin embargo estas leyes se alejan de ser «históricas» en la misma proporción en que tienden a ser «científicas», es decir, fundadas en la esencia de los sujetos y relaciones sobre que versan.

Estas leyes formarán parte de un conocimiento «esencial» que podremos incluir dentro de la Antropología filosófica, o de la Sociología; pero dejarán de expresar la realidad histórica como tal, mientras que las «leyes» propiamente históricas que pretendamos inducir de los hechos tendrán quizá poco de «ley».

El «saber» histórico

Así se inicia una posible reacción «anti-historicista». Porque si la ciencia es de lo universal y necesario, y lo contingente, como tal, escapa a todo interés especulativo, la contingencia del obrar libre del hombre sustrae el devenir histórico como tal a todo conocimiento propiamente «científico», y deberíamos contentarnos con la formula-

ción de leyes exclusivamente del tipo citado, sin poder dar razón o explicar intelectualmente lo que es intrínsecamente *original*, y, por lo mismo, no esencial sino contingente y existencial.

Esta posición está desmentida por los hechos. Porque ella implicaría, conducida a un extremo, el negar todo interés intelectual a lo «histórico», cuando en realidad tenemos cada vez más un profundo interés por «lo histórico», como tal. Será, pues, necesario enfocar el problema desde otro punto de vista que nos permita justificar el valor especulativo que tiene en sí mismo el mundo de lo contingente histórico, revisando ya la noción de «ciencia» anteriormente establecida, ya, si se prefiere, el del «objeto» de nuestro conocimiento intelectual.

Mas entonces la distinción de unas ciencias de lo natural y de lo cultural reaparece de alguna manera.

Porque, en efecto, si el objeto de nuestro entendimiento en el orden especulativo «científico» es sólo de lo universal y lo esencial, es porque lo existente se nos da como un «ens per accidens», producto de una coincidencia material y pasiva. Pero en el mundo del espíritu la contingencia y singularidad de sus actos personales se presenta como la manifestación de la soberanía del espíritu, como un reflejo de la libertad divina.

Es, en efecto, la materialidad y no la individualidad que hace al singular ininteligible; lo espiritual humano, la singularidad del hecho «personal» ofrece una nueva inteligibilidad, un valor «satisfactivo» de la inteligencia, un interés objetivo superior al del conocimiento científico de los seres inferiores. Porque la «intentione naturae», la corriente de la vida y de las fuerzas reales, que en todos los seres inferiores «pasa» tan sólo por el individuo, apuntando en definitiva a la especie y ordenándola al hombre, se dirige, en lo humano, al mismo individuo como tal; por lo cual en el orden del Universo (la mejor de las cosas creadas, en cuya contemplación ponían los filósofos la sabiduría) tiene la persona humana el carácter de algo buscado por sí mismo.

De suerte que, si en el orden de lo material, de lo infrahumano, lo «universal» es siempre y exclusivamente lo (específico); en el orden humano, en cambio, la naturaleza intelectual y social del hombre, el carácter creador de su libertad fundamenta el valor universal de la persona y de sus actos.

El hecho individual, esporádico, presenta un doble aspecto. Por una parte es puramente contingente, anecdótico, carente de significación y de «sentido», desprovisto, en este caso, de interés «intelectual»; pero puede gozar también de un valor universal, ser la clave de la explicación del devenir histórico en un grupo social más o menos amplio. El primer aspecto se funda en que la naturaleza del hombre es todavía una naturaleza material, y sus actos individuales están condicionados por leyes específicas; el segundo, se funda en que la naturaleza del hombre es ya una naturaleza espiritual, y la «originalidad» de sus actos puede ser una «creación» de su talento y de su libertad; en lo que hay de «personal» en un hombre tiene éste un valor universal.

(1) Véase *Determinismo y libertad en la Historia*, por Enrique Ferrán, CRISTIANIDAD núms. 32-33, págs. 325-27.

II.- La Filosofía de la Historia

Nuestra consideración de los hechos históricos, si no apunta meramente a la formación de leyes abstractas de carácter «científico», si se interesa por lo existencial, *no puede reducirse*, con todo, a la consideración de la «multiplicidad» de los hechos, sin comprenderlos en la *unidad de un orden*.

Descubrir en lo histórico un valor absoluto, significa, no que debemos renunciar a ver en él la realización de un plan universal, antes al contrario, indica precisamente la posibilidad de ver en lo humano la realización de este plan.

Así es claro que no tiene sentido alguno el estudio de la Historia, como una mera catalogación de hechos particulares (2). De aquí que el problema de la Historia sea, ante todo, *el problema de su sentido*, de hallar la razón universal, no con universalidad de esencia abstracta, sino de causa eficiente ejemplar y final, que explique la vida histórica de la Humanidad.

De aquí la actualidad de la Filosofía de la Historia. Porque nuestra comprensión de los hechos y nuestra interpretación de los mismos en orden a hallar el *sentido de la Historia* depende de los principios o concepciones filosóficas de que partamos.

La Filosofía cristiana de la Historia

La certeza que la fe comunica a fundamentales verdades de orden filosófico nos permite hablar de una Filosofía cristiana de la Historia. En estas notas no pretendemos estudiar los problemas y dificultades insolubles que se ofrecen en esta materia a los pensadores que rehusan *la debida subordinación de la Filosofía a la fe*, en estas cuestiones más útil, si cabe, que en otras.

Deseamos precisamente sugerir que para la comprensión del sentido de la Historia y, por tanto, para llegar al fin a que en su estudio tendemos, es *absolutamente necesaria la Teología* y que toda investigación de orden meramente racional, aun la misma Filosofía cristiana no es suficiente para ello.

Una Filosofía cristiana nos ofrece en primer lugar unas tesis fundamentales previas a toda investigación sobre cualquier realidad creada: la libertad de Dios en la creación, la contingencia del mundo y su dependencia y ordenación a Dios como a su principio y fin. Estos principios metafísicos se cumplirán *en cualquier Universo posible* y así no dan directamente explicación del concreto devenir de la Historia en el Universo existente.

Aun las conclusiones a que puede llegar la Filosofía de la Historia en el tratado sobre la Providencia de Dios y en una metafísica del hombre en cuanto temporal y social, se mantendrán necesariamente en el orden de las leyes *esenciales*. La marcha histórica de la humanidad que Dios dirige (respetando la libertad pero con certeza e infalibilidad absolutas) a su fin, según sus decretos libérrimos, según sus planes que nadie puede conocer sino en cuanto El lo manifieste, permanecerá inasequible a toda averiguación metafísica.

Algunas conclusiones a que puede llegar la Filosofía de la Historia

a) Dios gobierna a los seres según su naturaleza dirigiéndolos a su fin, a la perfección a que respectivamente se ordenan. Si el hombre tiende como a su perfección suprema, a la unión con Dios en la bienaventuranza eterna, esto no supone que todos los bienes limitados sean para

él meros medios; tienen valor en sí, subordinado al último fin y ordenables a él, pero con apetibilidad propia; de modo que se les puede con verdad llamar *finés humanos*.

b) El hombre es naturalmente social, y si su naturaleza espiritual inmortal le da un valor trascendente a todo el orden temporal, ello no obsta a que el individuo humano se ordene a la sociedad como la parte al todo, y que sólo socialmente adquiera el hombre su perfección. Por tanto, la sociedad temporal y terrena y su perfección dice para el hombre razón de fin, de *bien honesto* y no solamente *útil*.

c) Ahora bien; por la misma naturaleza el hombre y la sociedad están sujetos al tiempo, y como todos los seres sometidos a la mutabilidad y temporalidad, *es por un movimiento temporal como alcanzan su perfección*. ¿No es por esta razón por lo que tendemos a relacionar en nuestros conceptos, el «fin» en el sentido de perfección a que se aspira y el «fin» como término último y *final* en el tiempo?

Así la idea de progreso, de que ha vivido la sociedad europea durante más de dos siglos, y que atraviesa hoy la crisis de la amargura y desengaño por las consecuencias catastróficas de los sistemas liberales, a los que se había identificado con el progreso mismo, tiene tal vez en una filosofía tomista de la Historia un nuevo y firme fundamento en que apoyarse.

d) No obstante, este plan de la Providencia deberá realizarse gobernando sin destruirla la libertad humana; no impedirá, por lo tanto, que la separación de las sociedades de Dios pueda desviar a éstas del camino por el que el plan de Dios tiende a conducir las.

e) ¿Fracasará o triunfará en definitiva este plan divino? La respuesta a esta pregunta exigirá la previsión del futuro. A ello no puede responder la sola investigación racional. Pero esto equivale, creemos, a reconocer la incapacidad de llegar a dar la última respuesta a la cuestión del sentido de la Historia.

Pasado, presente y futuro

¿Es tan cierto como a veces creemos que la Historia tiene por objeto de su estudio el conocimiento del pasado?

Lo pasado, *en cuanto tal*, no ofrecería interés alguno ni especulativo ni práctico. Se dirá tal vez que el pasado puede ser objeto de estudio *en cuanto pervive en el presente*, y podremos admitirlo, pero, ¿no se deberán hacer algunas observaciones que precisen el sentido en que se debe entender esta pervivencia?

Lo que en el presente es herencia de las generaciones pasadas, será, cuando se haga la Historia del presente, considerado como condicionante de las posibilidades de las empresas históricas de los hombres de hoy; lo que será con toda propiedad hecho histórico realizado por nosotros será precisamente aquello por lo que habremos influido en el caminar de la Humanidad. ¿No podría decirse con mayor razón que la que tenemos para afirmar que lo histórico es lo pasado, que éste es histórico, no como pasado sino en cuanto en él se desarrollaba y se desenvolvía *la vida de la humanidad que continúa en el presente y continuará en el futuro*?

En sentido irónico decimos de una institución o una empresa política o cultural que pasará a la historia para indicar que morirá para pertenecer al pasado muerto sin influir en el curso de la vida, ironía que es una sarcástica hura del lenguaje común, contra los historiadores «cicerones de cementerio» de que habla Papini en su maravillosa carta de Celestino VI «*A los historiadores*».

Pero en sentido verdadero decimos de unos hombres

(2) Véase *La historia y sus aspectos*, n.º 5, pág. 102.

o de un pueblo que están *haciendo Historia* cuando creemos que sus trabajos tendrán una eficacia que influirá en la vida futura de la Humanidad.

La razón por la que debiéramos hacer del pasado el solo objeto de la Historia es que sólo él nos es conocido, pero entonces deberíamos confesar que *no sabemos el curso que sigue la vida de la Humanidad*, que no podemos considerar como en un orden universal la multiplicidad de los hechos humanos.

Los historiadores deben si estudiar el pasado pero deben ser «*los Profetas del mismo*», es decir, deben poder exponer el sentido de la evolución, del progreso (o de la marcha) de los acontecimientos.

No podemos renunciar a la comprensión del presente

y en cuanto al futuro, ¿no podrá decirse con verdad que es lo que mayor interés nos ofrece? Y esto no sólo por una curiosidad que provenga de la dificultad o imposibilidad de abarcarlo.

Para la comprensión del sentido de la Historia, la relación que señalábamos antes entre la perfección de la humanidad y el transcurso del tiempo hace que se tienda en muchas épocas de la Historia a esperar del futuro la realización de la finalidad histórica de la Humanidad. En nuestra época, en que aparece más vivamente planteada la cuestión del sentido de la Historia, tienen extraordinaria difusión los «*mesianismos*», hemos oído hablar de la creación de un mundo mejor, y a pesar del aturdimiento colectivo sentimos pesar sobre nosotros la responsabilidad del destino de la Humanidad futura.

III. - La Teología de la Historia

En varios sentidos podría entenderse la necesidad de la consideración de las verdades reveladas y del estudio de la Teología para la completa constitución de la «*Historiosofía*». En primer lugar podemos «inferir conclusiones de alcance histórico de las verdades reveladas: vgr. cuando Enrique Ramière expone que una de las leyes fundamentales de la Providencia sobre la marcha de la Humanidad en la tierra e incluso en la eternidad es la glorificación de Jesucristo» (3).

En otro sentido podemos tener en cuenta que la revelación se ha realizado en la Historia y que sólo por la fe podemos comprender el sentido de los hechos en los que Dios mismo ha entrado en ella para la Redención del mundo y su elevación al orden sobrenatural. La Encarnación ha hecho con verdad *a Dios sujeto de la Historia por la unidad de Persona de Jesucristo Dios-Hombre*, a la vez que ha elevado de tal modo la naturaleza humana que Dios le ha comunicado a Cristo, «en cuanto es Hijo del Hombre», la soberanía sobre la Historia y la realeza sobre el tiempo y la eternidad.

Pero lo que creemos se debe llamar propiamente Teología de la Historia, genialmente concebida por el Padre Enrique Ramière, S. I. (4), no es sólo aplicación de verdades teológicas a la comprensión de la Historia ni co-

nocimiento por la fe de la «*Historia de la salvación*» del hombre.

La ciencia divina de visión. Los Profetas

Dios ha revelado no sólo las leyes generales de su Providencia, como la que antes señalábamos de la glorificación de Jesucristo, sino que nos ha manifestado en medio de misteriosas y sublimes obscuridades sus planes concretos sobre los hombres y los pueblos: Un ejemplo, la revelación de los planes divinos sobre el pueblo judío.

Pero no sólo estos planes, sino que incluso los futuros contingentes conocidos por la ciencia divina de visión han sido revelados por los Profetas y con la debida prudencia nos es lícito a los hombres rastrear en sus oráculos el sentido de algunos hechos fundamentales en la realización de los planes divinos a través del tiempo.

Sólo en esta perspectiva podemos llegar a la *actualización del futuro* a la vez que a la consideración de todo el devenir histórico desde el punto de vista del plan divino, descubriendo, por tanto, el sentido *absoluto* y último que explica en la unidad del orden establecido por los decretos divinos la vida universal de la Humanidad (5).

Francisco Canals Vidal

(3) Véase *¿Tiene la Historia un sentido?*, n.º 32-33, pág. 313.

(4) Véase *Enrique Ramière y la Teología de la Historia*, por José M.ª Minoves Fusté, n.º 5, pág. 103.

(5) CRISTIANIDAD ha estudiado en muchas ocasiones temas concretos de *Teología de la Historia*. Véanse además de los artículos citados la *Advertencia previa*, del P. Ramón Orlandis, S. I. (n.º 27, págs 193-195) y en el n.º 5 *Perspectivas históricas en Daniel*, por Domingo Sanmartí Font, y *San Pablo, Profeta*, por Fraxinus Excelsior.

¿Dos siglos de «ingenuidad» pontificia?

Los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, velando solícitos por la salvación del pueblo cristiano conocieron bien pronto quién era y qué quería este capital enemigo (las sectas masónicas) apenas asomaba entre las tinieblas de su oculta conjuración; y como declarando su santo y seña, amonestaron con previsión a príncipes y pueblos que no se dejaran coger en las malas artes y asechanzas preparadas para engañarlos. Dióse el primer aviso del peligro el año 1738 por el Papa Clemente XII, cuya constitución confirmó y renovó Benedicto XIV. Pío VII siguió las huellas de ambos, y León XII, incluyendo en la Constitución apostólica «*Quo graviora*» lo decretado en esta materia por los anteriores, lo ratificó y confirmó para siempre. Pío VIII, Gregorio XVI y Pío IX, por cierto repetidas veces, hablaron en el mismo sentido.

LEON XIII. Enc. «*Humanum genus*»

A LOS HISTORIADORES

«¡Habéis expulsado a Dios de la Historia
y por eso no podéis entender la historia del hombre!»

«Si no tiene un principio y un fin, la Historia carece de sentido: es una crónica de locura reincidente, de delitos inútiles. Este principio y este fin no pueden encontrarse en el primate de los zoólogos...»

Resulta un espectáculo un poco penoso ver la comedida prudencia de un Ortí y Lara, por ejemplo, «moderando» el vuelo genial de un Donoso Cortés. No es posible, en efecto, desmenuzar la vida, detener la marcha del pensamiento que el Ideal impulsa, en una escrupulosa selección de expresiones. No queremos hacer nosotros lo propio con PAPINI, de quien la «carta del Papa Celestino VI a los historiadores», que transcribimos es una de sus obras maestras, pocas veces ha llegado tan a fondo, en efecto, la arrebatadora fuerza de su sinceridad, que absorbe en sí todo posible exceso o inexactitud de expresiones.

Hermanos míos, hijos míos:



AMBIÉN a vosotros debo llamar para la rendición de cuentas exigida por Dios en este amargo caer de la noche.

Tuvisteis parte en la infección de las mentes y estáis llamados a tener parte en su restablecimiento. No podréis salvaros con decir: nosotros llevamos los registros y proto-

colos de la vida de los hombres y si los hombres yerran no podemos hacer sino el inventario de sus faltas y señalar, con probidad de neutrales, las causas y las consecuencias.

La defensa es tan vil que confirma vuestra culpa. La Historia, como la concebís y la escribís, justifica todo lo que ha ocurrido por la única razón de que ha ocurrido. Justifica al vencedor y al vencido, al asesino y al asesinado, al verdugo y al mártir. En verdad, no justifica nada ni a nadie porque en el mundo hay una ley, negada u olvidada por vosotros: vuestro no tomar partido se reduce a tomarlo por Ahrimán.

Llamáis *historicismo* a vuestro método, pero su verdadero nombre es *pilatismo*. No hacéis sino lavaros las manos junto a los condenados y os rociáis mutuamente, tan orondos, con el agua untuosa y sanguinolenta de vuestras jofainas. Pero vuestras manos, a pesar de tanto lavado, no son manos blancas, porque también vosotros sois hombres y no podéis limpiaros las manchas rojas de la humana responsabilidad.

Y este primer pecado vuestro no es el más grave. Pretendéis comprender con desapasionada claridad la marcha de los pueblos, pero en realidad no conseguís siquiera comprender y hacer comprender esa marcha, porque habéis cortado y negado las relaciones entre el hombre y Dios. Habéis expulsado a Dios de la Historia y por eso no podéis entender siquiera la historia del hombre, que es sólo un episodio, un capítulo, un reflejo de la historia de Dios. La historia humana es la historia de Dios en el hombre, en cuanto Dios se hace realidad en la tierra gracias al hombre, hecho por El a su imagen, restituído por El a esa semejanza con la Redención. La única historia profundamente inteligible es la que tiene un principio y un fin. La historia humana no es, para los que saben adivinar lo que hay en nosotros de divino, sino el itinerario del hombre desde su separación de Dios hasta su regreso. Por eso sólo hay una historia digna de tal nombre, la es-

crita por los hombres por inspiración divina, la que empieza con el Génesis y termina con el Apocalipsis.

Abrid ojos y bocas cuanto queráis, pero ésta es la verdad. No podréis comprender al hombre hasta que lo examinéis a la luz de sus relaciones con Dios. La tierra forma parte del cielo, y no se puede hablar de ella sin mencionar el cielo. El hombre no es un huérfano, y no podéis investigar las vicisitudes de su familia sin tener en cuenta a su padre, que es Dios.

«Toda historia es historia sagrada» —no soy yo quien lo dice, sino el protestante Hamann—. «Toda Historia es un Evangelio» —no lo digo yo, sino el idealista Novalis—. Si no hacéis vuestros estos axiomas, tendréis por fuerza que aceptar la injuriosa definición de Shakespeare: «La vida es un cuento contado por un idiota y que no significa nada». ¿Y qué sería, en efecto, la historia de los hombres, de no estar iluminada por una ley divina, sino un largo torpor maniático interrumpido a menudo por súbitos accesos de furor?

La Historia de los habitantes de la tierra no es más que la repercusión y traducción de una historia trascendente y sobrenatural. Es el doloroso reflejo de la vida de muy distintos protagonistas: de Cristo, que estará en la agonía hasta el fin del mundo; de Lucifer, que desencadenará sus ofensivas hasta el día en que nuestro amor acabe por extinguir su odio. Muchas veces os detenéis para narrar las vicisitudes de las batallas, sin daros cuenta de que los adversarios, en apariencia contrapuestos, son, ocultamente, aliados, aliados del Malo en la guerra de los ciegos contra la luz de Dios.

La Historia es tragedia teándrica y vosotros sólo sois los vendedores ambulantes de programas; la Historia es drama de amor siempre redimido, y vosotros estáis helados y polvorientos como las tapas de las urnas funerarias; la Historia es una gran epopeya y vosotros no sois poetas, sino, a lo más, copleros.

Deberíais ser, para que lo entendáis de una vez, *profetas del pasado*, y sois, en cambio, cicerones de cementerio. Sois, por desgracia, coleccionistas de lápidas funerarias, archivadores de epitafios, redactores de etiquetas, computadores de cronologías, cronistas de las comparsas, mosaístas de biografías. Deberíais desgarrar velos y descifrar enigmas, pero os contentáis con recoger briznas de hierba, rebuscar pergaminos y embalsamar mortales restos coronados.

Cuando os imagináis hacer solemne historia de los orígenes y concatenación de los acontecimientos, no ha-



«Sois cicerones de cementerio, sois coleccionistas de lápidas funerarias, archivadores de epitafios redactores de etiquetas...»
(De la carta del «Papa Celestino VI», a los historiadores)

el escaso alcance de vuestra vista, la somnolencia de vuestra intuición, la quiebra de vuestra ambición. Acumuláis céis sino mostrar mejor vuestra pobreza de imaginación, materiales para las futuras historias, cinceláis fragmentos de historia, sombreáis callejones de historia. No podéis componer una historia porque os falta esa luz que viene de lo alto. Tenéis los hechos ante vuestros mismos ojos y no sabéis distinguir los misteriosos nexos, los significados superiores, las leyes universales que los rigen. No habéis comprendido todavía que la historia de un pueblo, separada de la de todos los demás pueblos, resulta ininteligible; que la historia de una época, aislada de todas las demás épocas, carece de sentido y de arquitectura interna. La Historia verdadera es universal, o es sólo un acervo de crónicas mutiladas y de edificios abortados. (...)

Sonreís —y no podéis hacer otra cosa— de la antigua fe en la Historia como maestra de la vida. Y, en verdad, es más bien maestra de la muerte que de la vida, porque nos enseña cómo se debe morir, desligarse de lo que aquí abajo se llama vivir, para llegar a permanecer por siempre en el Ser. Pero de la famosa definición de Marco Tulio sólo habéis tomado esas dos palabras. Otras hay, y bastante más dignas de que las hagáis vuestras.

«Historia —escribe Cicerón— ... *testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuntia vetustatis.*» Reíos, si queréis, de la *magistra vitae*; pero ¿por qué no detenerse en la *lux veritatis*? Puede que el antiguo orador entendiese estas palabras en sentido meramente humano —ni siquiera estamos seguros de ello—; pero nosotros sabemos que el hombre no posee la plena luz de la verdad. Sólo puede ser iluminado por ella cuando esa verdad descende de lo alto, es decir, por revelación.

Os digo, historiadores, que también la Historia puede ser revelación, luz de verdad. Así como hay tres personas en el Dios único, así hay, en la tierra, tres revelaciones. La primera es la revelación del universo, obra del Creador; la segunda es la Escritura dictada por el Espíritu Santo; la tercera es la Historia, símbolo y prolongación del Hombre-Dios en el dolor humano.

De la primera revelación, los hombres de ciencia han descifrado algún que otro versículo; la segunda es, desde hace siglos, nuestro alimento cotidiano; de la tercera se entrevén apenas las primeras sílabas, como de una carta mirada de soslayo a la dudosa claridad de las estrellas. Si no os decidís a considerar la Historia como revelación, no conseguiréis nunca descubrir el verdadero camino y el verdadero destino del género humano. Nosotros exami-

namos los altísimos astros desde la cima de los montes; debemos examinar los humanos destinos desde lo alto de los cielos. Visto desde el pináculo de la fe, lo que parecía absurdo, cobra sentido; lo que parecía carente de ley, se somete a una ley superior; las que parecían luces errantes, se configuran en parlantes constelaciones, y lo que aparecía obscuro se convierte en clave de lo inexplicable. Separada de Dios, la Historia no es sino un amasijo de rebelión y delirio; bañada en la luz divina, se convierte en un canto de afanosa pero victoriosa esperanza. Si no tiene un principio y un fin, la Historia carece de sentido: es una crónica de locura reincidente, de delitos inútiles. Este principio y este fin no pueden encontrarse en el primate de los zoólogos, que desconoce su verdadero origen e ignora su suerte, sino que sólo en Dios pueden reconocerse. La expulsión de Dios de la Historia ha llevado consigo la errónea comprensión del hombre. Dios es ese primero y supremo misterio sin el cual todo el resto es un misterio pavoroso. Si todo arranca de El, si todo pertenece y se relaciona con El, ¿cómo podría estar ausente del mundo de la Historia, es decir, de las vicisitudes de las criaturas a quienes prefirió por encima de todas las demás?

Vosotros los historiadores, con vuestro silencio, con vuestra negación de Dios, sois cómplices de la universal apostasía. Ignorando o callando la presencia de Dios en la Historia, no sólo dais una idea mutilada del hombre, sino que alentáis su ignorancia y su indiferencia. Necesitamos conocer para amar, y el amor es iluminación que se resuelve en la alegría de la adoración. La condena de ostracismo impuesta a Dios se traduce en una extirpación del conocimiento y de la felicidad. Y bien sabéis cuánta necesidad tienen los hombres de ser enseñados y consolados, sobre todo en estos tiempos de desolación y estupro.

También vosotros resultáis castigados. Podríais vivir sobre una montaña soleada desde cuya cima divisaríais la geometría del diseño divino sobrepuesta al aparente desorden de los acontecimientos. En cambio, os dejáis los ojos en fétidas tabernuchas en que un farolón os parece el sol; el salitre de las paredes, plata; un vaso roto, una mina de diamantes; un montón de cascotes, el Everest. Salid al sol de la fe y veréis desarrollarse, en luminosas y bien medidas escenas, esa sacra representación, ese misterio de delito y castigo, de error y de rescate, de caída y de ascensión que es la dolorosa y maravillosa historia de los hombres.

No digáis que eso es historia teológica, concepción anticuada y rebasada. ¿Acaso creéis que una verdad, cuando es antigua, deja de ser verdad? ¿Imagináis quizá que la Teología, ciencia de Dios, es más fantástica que vuestra física y vuestra antropología? ¿Os hacéis la ilusión de que la gravitación y el éter sean menos misteriosos que la Trinidad y la Encarnación? ¿Conocéis la naturaleza de la luz visible mejor que nosotros conocemos la naturaleza del Espíritu Santo? Preguntadlo a vuestros maestros, a los que saben de verdad, es decir, a los que saben que se mueven en un reino de palabras y de símbolos más insubstanciales que los de nuestra Teología. No alabéis las admirables aplicaciones de vuestras ciencias. También la ciencia de Dios tiene sus aplicaciones experimentales y admirables que se llaman éxtasis, caridad, milagros.

El método que llamáis, con desprecio, teológico se aproxima a la verdad bastante más que el que busca la razón de los hechos históricos, incluso de los de orden espiritual, en las estadísticas del algodón y en los gráficos de los salarios. Si las tentativas de revelación histórica debidas a San Agustín y a Bossuet no os satisfacen, haced otras más audaces y cautas a la vez, ahora que la materia histórica es mucho más copiosa y el análisis mucho más circunspecto y cuidadoso. No os exhorto a las fantasías especiosas de los viejos filósofos de la historia, sino que querría impulsaros a la búsqueda de leyes nue-

vas y ciertas, que encuentren fundamento cierto en los hechos ciertos registrados por vosotros mismos. Os digo solamente que el Colón y el Magallanes de la Historia no han nacido aún. Y no podrán nacer mientras vosotros los historiadores continuéis sumidos en las oscuras bodegas de las tartanas atracadas en el fondo de las radas oleosas del racionalismo, en vez de zarpar en los veleros que vuelan por alta mar impulsados por el gallardo soplo con corde de la fe y de la poesía.

Y es gran desventura que los historiadores mismos del Cristianismo y de la Iglesia hayan abandonado —quizá por temor al sarcasmo fácil, quizá por ingénita mediocridad mental— el divino navío de la Historia considerada como revelación. Con excepción de algún *lobo de cielo*, al que la plebe ignara, devoradora de *cultura sana*, mira de soslayo con gesto de recelo y marca con el nombre antes santo y ahora infamante de *visionario*, nadie emprende navegaciones de altura por el mar del humano pasado. Podrían tener por pilotos a los ángeles y se contentan con emular a los topos. Escriben la vida de la fe cristiana como si redactasen el informe de una sociedad anónima, con la misma calma tibia, con la misma sucesión de párrafos obligados y previstos, siempre los mismos y en el mismo orden, con ese ritmo llano y tedioso que fastidia a los lectores en vez de exaltarlos a la cálida claridad del cielo. Muchas páginas de vuestros volúmenes parecen escritas en un crepúsculo neblinoso, con tinta aguada, y secadas luego con arenilla de campo santo.

Vosotros, historiadores de Cristo y de la Iglesia, que deberíais dar ejemplo a todos de la interpretación divina de lo humano, os mostráis, en cambio, esquivos y casi temerosos de lo sobrenatural. Permanecéis inmóviles en vuestros esquemas descarnados, en vuestras heladas casillas, en vuestros pastos protegidos por zarzales de bibliografía; estáis satisfechos y no pedís ni alcanzáis a ver nada más.

Vuestra materia podría ser la más bella de todas las historias. El descenso de un Dios con forma humana a la vida humana; la espera y la preparación de su venida; su vida póstuma en los corazones; la luz cercada por las tinieblas; el fuego amenazado por las cenizas; las derrotas y los desquites de Lucifer; las interferencias e intromisiones de la naturaleza y de la gracia, de la vocación y de la predestinación, del Infimo y del Altísimo; y, finalmente, las inequívocas señales indicadoras del último itinerario. La historia del Cristianismo es la más dramática de todas las historias. No es un nacimiento plácido, seguido por la grandeza y la decadencia, sino una defensa siempre renaciente contra todas las fuerzas que se oponen al triunfo de Cristo. Historia heroica de ofensivas

desbaratadas, de asaltos rechazados, de traiciones conjuradas, de asechanzas superadas, de contagios curados. Así fué, durante siglos y siglos, desde la lapidación de Esteban hasta nuestros días. La historia del Cristianismo, es decir, de su perenne resistencia y supervivencia, es su apología más evidente, la mejor prueba de su origen divino. Pero vosotros no sabéis verlo ni hacerlo ver. Sois exiguas teas humeantes y no blandones encendidos. Podéis contaros entre los más grandes pecadores contra el Espíritu.

Vuestra mediocridad es delictiva porque empequeñece a la misma Iglesia de Cristo y aleja a los que más dignos serían de sentir su grandeza. Si os inspirasen la fe, el amor y la poesía, podríais hacer descubrimientos sorprendentes, descubrimientos que glorificarían a Dios al mostrar, hasta a los más obtusos y miopes, cómo Su mano interviene en las cosas humanas: *L'homme s'agite et Dieu le mène.* (...)

Si el género humano —como he dicho muchas veces y no me cansaré nunca de repetir— está en visperas de un peligro mortal; si no podrá sustraerse a esa disolución más que haciendo suyo, en la integridad de la fe y de las obras, el Cristianismo, ya comprenderéis por qué me dirijo también a vosotros. Todo lo que ahora aleja y separa del Cristianismo, apresura la muerte, y todo lo que revela a los hombres la fuerza feliz y vencedora de Cristo es, para cada uno de los hombres y de los pueblos, promesa y garantía de salvación. También vosotros, pues, debéis ayudar —en vuestra esfera de acción— a esta obra, inconmensurable pero inaplazable, de la conversión universal. Muchos de vosotros han echado a Dios como a un intruso sucio y molesto; otros, no menos culpables, han hablado de Sus designios y efectos entre los hombres sin vigor de intuición y de amor, como si quisieran hacerse perdonar por los no creyentes el creer en El. Pero los hombres, si no quieren morir, deben encontrar de nuevo a Dios, adorarle en todas las partes y formas del universo. Por eso, deben sentir a Dios incluso en la historia de su propia especie y, si esta historia es casi siempre dolorosa, pensar que el lamento de los hombres es también voluntad de alcanzar y realizar en nosotros lo divino, la omnipenetrante certidumbre de un renacimiento total. A vosotros, historiadores, corresponde ser los primeros en deletrear esta deslumbrante revelación de la necesaria resurrección. Dejad, en nombre de Cristo, de ser plumíferos expositores de espectros; sed guías hacia lo Eterno a través de los pantanos del tiempo. Haced que, por obra vuestra, se torne en sagrada verdad lo que se afirmó: que la Historia es una imagen anticipada del juicio universal.

CELESTINO VI, Papa

Siervo de los siervos de Dios



Benjamín Disraeli

precursor del sionismo

I

El sueño de Disraeli

Todos los representantes de las grandes potencias congregados en Berlín el 13 de junio de 1878, habían llegado a la capital alemana guardando celosamente, entre amabilidades y sonrisas, su grande o pequeña sorpresa.

Tal vez Rusia, la gran vencedora del sultán de Constantinopla, era la única que acudía a la reunión convocada por Bismarck, con un criterio más claro y definido. Ni Gortchacoff, ni el conde Schouvaloff, pudieron imaginar nunca un resultado tan desastroso para su país, como el que se derivaría de los acuerdos pactados en el Congreso que comenzaba; resultado que, por otra parte, significaría algún día para el pobre conde, la pérdida de sus ilusiones a ocupar el puesto director de la política exterior zarista.

El Congreso de Berlín se celebraba con la finalidad manifiesta de poner término a la tirantez de relaciones existentes entre Inglaterra y Rusia, como consecuencia de las ventajas territoriales y políticas obtenidas por esta nación después de su victoriosa guerra contra el Imperio otomano. El Tratado de San Stefano, que había sellado la paz entre ambos beligerantes, representaba prácticamente la desaparición de Turquía como potencia europea, y entrañaba la presencia de Rusia en el Mediterráneo con una amenaza latente sobre Constantinopla y los Dardanelos. No es extraño que estos hechos despertasen también los recelos de Austria, cuya benévola actitud había hecho posible que los soldados de Alejandro II traspasasen la frontera turca el 24 de abril del año anterior. Entonces, solamente Inglaterra había dejado oír su voz de protesta en San Petersburgo, pero la conquista de Plewna ocho meses más tarde, suscitó los más serios temores en la Corte de Viena, abriendo así amplias perspectivas al punto de vista británico.

En realidad, quien llevaba en Inglaterra la voz cantante contra el Tratado de San Stefano era únicamente el primer Ministro del Gobierno, Benjamín Disraeli, inspirador de una política de firme oposición a Rusia en



Benjamín Disraeli

los asuntos de Oriente, por lo que en buena lógica había de negarse a aceptar unas cláusulas que convertían al Gobierno ruso en árbitro calificado de los destinos de los pueblos balcánicos.

A raíz de la firma de dicho Tratado, se iniciaron una serie de conversaciones entre Inglaterra y Rusia, encaminadas a lograr que esta última modificase substancialmente sus pretensiones. El Gobierno del zar no estaba muy dispuesto a transigir, hallándose incluso decidido a enfrentarse con Albión; sin embargo, necesitaba asegurarse a toda costa de las intenciones de Austria para el caso de que la disputa degenerase en un conflicto armado. Con el fin de lograr unas garantías explícitas sobre el particular, fué enviado a la capital austriaca el general Ignatieff, pero sus gestiones no obtuvieron el resultado esperado. En consecuencia, Disraeli se creció poderosamente en su posición antirrusa.

La política de lord Beaconsfield, externamente favorable a los intereses otomanos, era seguida con manifiesta hostilidad por los restantes miembros del gabinete británico, y especialmente por el Ministro de Asuntos Exteriores, lord Derby; pero sobre todo levantaba la más dura oposición por parte de la opinión pública, que no podía sentir la menor simpatía por los turcos después de la reciente carnicería realizada por éstos en Bulgaria. No obstante, Disraeli, que no expresó la más mínima repulsa ante la horrible matanza cometida por los esbirros del sultán, estaba decidido, a pesar de todo y contra todos, a llevar adelante su política, aun a costa de provocar una larga y sangrienta guerra. La dimisión de lord Derby, el 28 de marzo de 1878, fué la más cierta señal de que el primer Ministro no estaba dispuesto a retroceder ante ningún obstáculo.

Pero ¿qué propósitos impulsaban a Disraeli?

Se equivocará quien suponga que Beaconsfield arrosaba incluso la impopularidad para defender la integridad de Turquía; como se equivocará igualmente quien crea que el prestigio de Inglaterra era la suprema razón de su actitud en aquella crisis.

La respuesta es muy distinta. El Imperio otomano englobaba en el interior de sus fronteras el territorio de Palestina, sin más limitaciones para el poder del sultán que las derivadas de la protección que mantenía Francia sobre los Santos Lugares. Y era Palestina, era Jerusalén, los que enardecían en aquellos momentos el corazón judío del Jefe del gabinete británico, incitándole a mantenerse inflexible en una tesitura, cuyo verdadero secreto no acertaron a comprender la mayor parte de sus gobernados.

¡Palestina para los judíos! Tal era el pensamiento rector de Benjamín Disraeli en el momento en que se iniciaba el declive de su carrera política.

Pero el sueño de Disraeli, anterior a las teorías y proyectos de Teodoro Herzl, no constituía en Inglaterra ninguna novedad. Quizás en más de una ocasión habían resonado en los muros de la City palabras de aliento y de esperanza para los judíos dispersos por el mundo entero, que venían suspirando por la tierra de sus antepasados. ¿Por qué no podría ser Inglaterra la potencia que levantara la bandera del judaísmo, colocando los cimientos de un futuro Estado hebreo en Tierra Santa?

Inglaterra y Palestina

Ya en 1853, la voz del diputado Kirk se había levantado en la Cámara de los Comunes para plantear los términos precisos de la pregunta. «Sé perfectamente —exclamaba— que los judíos esperan volver a su patria de origen con la ayuda de Inglaterra... Hay que hacer todo lo posible para devolverlos a Palestina y para que los ingleses sean los mejores amigos de los judíos. La amistad con este pueblo resucitado será sumamente ventajosa para la nación inglesa.» Pero ¿qué territorio habría de entregarse a los israelitas? «No hay que poner en poder de los judíos —afirmaba Kirk— tan sólo la Palestina de los tiempos de David, sino toda la tierra que les fué prometida un día; es decir, el territorio situado entre el Eufrates y el Nilo, y desde el Mediterráneo y el Océano Indico. Este territorio en manos de los judíos, llegará a ser el más rico y próspero, y constituirá un jalón de la vía marítima que une a Gran Bretaña con sus colonias y con Australia. En posesión de este territorio, los judíos llegarán a ser una de las naciones más importantes de la tierra, por lo que es necesario conquistar su amistad para Inglaterra ya desde ahora.»

Se trataba entonces de otorgar a los judíos residentes en Gran Bretaña la plena igualdad de derechos, y el diputado Kirk anunciaba claramente, en defensa del proyecto, la posibilidad de que algún día pudiese Inglaterra hacer algo más positivo en favor de todo el pueblo judío.

La conquista sagaz y astuta del poder por parte de Disraeli, presuponía el primer paso indispensable para la realización de las aspiraciones judaicas. ¿No había llegado ya ahora el momento de llevar a cabo el ambicioso plan? ¿No estaba acaso pendiente de solución el problema de Turquía?

¿Por qué la guerra rusoturca y sus amplísimas consecuencias en el marco europeo no podían ser aprovechadas en beneficio de los anhelos del mundo judío?

Por regla general, la actuación política de Benjamín Disraeli como gobernante, viene constantemente analizada en funciones de su gran patriotismo, de su visión profunda de los problemas, de su arrojo y decisión muy poco frecuentes. Pero casi siempre se olvida un hecho indiscutible que podría darnos mucha luz sobre los fines exactos a que iban encaminadas todas sus actividades, todas sus ilusiones. Nos referimos —hemos hecho alusión a ello anteriormente— a su condición personal de judío que no podía dejar de aprovechar en beneficio de su raza las ventajas políticas derivadas de su actuación personal en las altas esferas gubernamentales inglesas.

Disraeli realiza, ciertamente, una actuación muy favorable a los intereses materiales de la Gran Bretaña, pero no deja de vislumbrar en los azares de su actuación todas las posibilidades que pueden hacer de la grandeza de aquélla, un pedestal firmísimo para el futuro desenvolvimiento del pueblo de Israel. Este es el íntimo significado de la misión desempeñada por Benjamín Disraeli.

José-Oriol Cuffi Canadell

Mensaje de la asamblea general de los católicos alemanes de Maguncia, 1948

Reunidos los representantes de los católicos alemanes en la 72.^a Asamblea general aprovechamos esta primera ocasión que se nos ofrece después de la guerra para dirigirnos a los hermanos católicos del mundo entero.

Viva satisfacción ha llenado nuestros corazones cuando, con ocasión de la celebración del séptimo centenario de la catedral de Colonia, hemos experimentado cómo la idea de la comunidad cristiana se abre camino en la conciencia de los pueblos y que en esta comunidad tiene parte también nuestro pueblo.

Sin embargo, nada puede ser construido si no antes se remueven los escombros. Por eso nos sentimos obligados a decir una palabra sobre los acontecimientos recién pasados.

Deploramos sinceramente la injusticia que en nombre de Alemania y por alemanes ha sido cometida mientras el nacionalsocialismo tenía el poder en nuestro Estado, de la misma manera que también nuestros hermanos de otras naciones condenan las injusticias cometidas por los miembros de sus respectivos pueblos. Y aunque es verdad que el nacionalsocialismo ha sido el fruto maduro de un espíritu que dominaba no solamente al pueblo alemán, no quisiéramos disculparnos con las faltas y pecados de otros.

Nuestro pueblo no ha querido las atrocidades y per-

secuciones, ni la guerra espantosa con sus horrores. Pero todas las fuerzas de resistencia, que a veces hasta sufrieron el martirio, no podían imponerse y esto es lo que nos causa profundo dolor.

Nuestra nación sube a Aquél que no solamente es infinitamente justo, sino también infinitamente misericordioso, para que lleve otra vez nuestro pueblo por aquel camino que anduvo antaño hacia la unidad espiritual y supranacional del Occidente.

Al sobrellevar con espíritu de la cruz de Cristo la catástrofe de Alemania, su ignominia y su miseria como penitencia reparadora, damos gracias a todos los que al enmudecer el estruendo de las armas, nos han tendido la mano de hermano. De los cristianos de todos los países nos ha llegado auxilio, cuyo recuerdo quedará grabado para siempre en los corazones de nuestro pueblo.

Rogamos a todos nuestros hermanos y hermanas cristianos del extranjero sigan trabajando con todas sus fuerzas para salvar nuestra existencia, que está en peligro extremo, y ayuden ante todo a aquellos a quienes solos somos impotentes de socorrerles suficientemente: los millones de expulsados.

— Esta es la hora crucial, cuando la cristiandad otra vez debería arrancar al mundo pagano el grito de sorpresa: “Mirad cómo se aman unos a otros.”

ORIENTACIONES



BIBLIOGRAFICAS

EL VALOR HUMANO DE LO SANTO, por P. BRUCKBERGER, y EL VALOR DIVINO DE LO HUMANO, por J. URTEAGA.—Colección "Patmos", de Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1948.

Antes de entrar en materia nos permitimos destacar un hecho ejemplar de Ediciones Rialp y de su colección "Patmos": sus libros llevan censura eclesiástica. Lo destacamos porque hoy son muchos, muchísimos, los editores que olvidan cumplir con esta obligación moral, mucho más importante que cualquier otra de carácter material o forzoso. Y ello, desgraciadamente, ocurre incluso en libros de directa relación con cosas religiosas. Así, por ejemplo, están huérfanas de censura eclesiástica las ediciones españolas de las "Cartas del Papa Celestino VI a los hombres", de Papini, y de la correspondencia cruzada durante la guerra entre Pío XII y Roosevelt.

Un aldabonazo, y bien dado, a la conciencia moderna, son, sin duda, los libros de Bruckberger y de Urteaga, editados en un solo volumen. En una síntesis general, podemos decir que vienen a recordarnos que los santos eran hombres de carne y hueso como nosotros mismos, con nuestros mismos defectos, con nuestras mismas pasiones. Los hombres de hoy parecen haberlo olvidado, desprecupándose de conocer a los santos y feniéndolos como unos héroes mitológicos.

Por otra parte, cunde el concepto de que los santos eran unos vulgares "beatos", apartados del mundo, cuando, en realidad, ellos vivieron entre sus semejantes, combatieron en su sociedad y prestaron señaladísimos servicios a sus naciones y a la humanidad. Santos los ha habido de todas clases y en todas las épocas: Papas, Reyes, militares, científicos, humanistas, hombres benefactores o vulgares... Vengámonos a la memoria los nombres y los hechos de un Rey Fernando, en España, de un Rey Luis, en Francia, de un Domingo de Guzmán, luchando contra los albigenses, de un Ignacio de Loyola, paladín contra la falsa Reforma, de una Juana de Arco, heroína de su Patria... Todos, en nuestra vida ordinaria y en nuestros ideales, tenemos un santo cual ejemplo donde mirarnos y por el que guiarnos, sin deshacer nuestras personales características. Además, ¿quién va a negar que los santos tuvieron influencias decisivas en la historia?

Nuestra sociedad moderna necesita, para su salvación, revalorizar el concepto de santidad y santificarse ella misma. Dice Bruckberger: "Una cristiandad es un país que se esfuerza por ser santo a la vez que Patria. Es un país que en sus instituciones y sus costumbres sigue los pasos de Cristo, un país que inspira sus leyes y sus actos públicos en el Evangelio (...) Una cristiandad es una empresa de renovación y organización temporales, inspirada en los principios evangélicos. En este caso, dichos principios son considerados no como gérmenes de vida divina y sobrenatural, fecundos para la salud eterna de las almas, sino, sobre todo, como normas en la edificación de una ciudad de los hombres, como ideas bases en la política de los pueblos, como instrumentos indispensables en la salvación inmediata de las naciones, en el orden mismo del saber vivir terreno y en relación con las necesidades prácticas de la vida mortal individual y colectiva."

Afirma también que "Cristo es el Rey de los pueblos y de las almas (...) y es Rey que reina y que debe gobernar". Y termina diciendo: "Nosotros tenemos lo temporal en nuestras manos, tenemos las manos llenas del reino temporal de Dios. Tenemos la herencia de los Santos."

En el orden individual no hay que confundir al santo con lo que vulgarmente se denomina el "beato", repleto de formulismos exteriores, de actitudes compungidas, más lleno de temor supersticioso por la salvación de su alma, que de amor a Dios y a los hombres, de verdadera caridad y de vida interior. Así, en el orden colectivo

tampoco debe confundirse el Estado "beato" con la cristiandad ardiente "en las grandes ansias de Dios, de su reino y su justicia", confiada plenamente en la promesa divina de que "lo restante se nos da por añadidura".

Por todo cuanto llevamos dicho y anotado podrá deducir nuestro amable lector el interés y provecho con que leerá el libro de Bruckberger. Entre el confusio nismo imperante en nuestra moderna sociedad, incluso dentro de las filas del catolicismo, son siempre esperanzadores rayos de luz obras como la que tratamos, movidas por el noble ideal de volver el reinado y gobierno de hecho, en todas las naciones, a quien es Rey de derecho: Cristo Jesús.

El libro de Urteaga es un buen complemento al de Bruckberger. Destaca las nobles virtudes de los santos, que son hombres y actúan como hombres: viriles, nobles, enamorados locamente de la verdad, intransigentes, audaces, generosos, alegres... "No caminamos hacia una nueva Edad Media, sino que marchamos, como nueva cristiandad, hacia una época de fuego. *Ignem veni mittere in terram...*"

Bien está cuanto dice Urteaga, pero su obra nos parece inacabada. Es una exaltación de las virtudes exteriores de los santos y de los cristianos auténticos. Paralelamente a ellas no se ha destacado la primordial importancia que tiene la vida interior. Es imposible, con imposibilidad absoluta, comprender la obra social de un Domingo de Guzmán sin el Rosario, la de un Ignacio de Loyola sin los Ejercicios Espirituales, la de un Francisco Javier sin pedir constantemente oraciones a sus hermanos de religión, la de... cualquier santo sin una intensa vida espiritual y de oración, recabando siempre la ayuda divina, sin la cual nada de cuanto hicieron hubieran realizado.

En otro aspecto, y refiriéndonos al estilo literario y expositivo de Urteaga, notamos un fondo de orgullo, muy legítimo si se quiere, muy lógico y natural, muy bien intencionado, pero que al apartarse de la santa humildad cristiana, rectamente entendida, no deja de ser peligroso, pues puede hacernos caer en pecado de soberbia.

LUIS LUNA

ANUARIO «PETRUS». La voz del Papa durante el año 1947. Editorial Atlántida, S. A. (Barcelona). Introducción, colección, distribución e índices por el M.ltre. Dr. D. Vicente Nolla y Gili, Canónigo y Profesor del Seminario Pontificio de Tarragona.

En un tomo de 156 páginas ha reunido la «Editorial Atlántida» todo cuanto ha dicho y ha escrito en 1947 el Sumo Pontífice, felizmente reinante, Pío XII. La dirección de la obra ha sido encomendada al docto Canónigo de la Catedral Primada de Tarragona, Dr. Nolla.

El propósito es continuar la empresa, dando al público español una serie de tomos donde se recoja anualmente la voz pontificia.

No podemos dejar de aplaudir muy sinceramente el laudabilísimo empeño y la forma de presentarlo, muy manejable. Todo cuanto contribuya a difundir y hacer asequible el venero inagotable del pensamiento del Papa, ha de provocar nuestro humilde entusiasmo y ha de recibir, multiplicados, nuestros plácemes.

Porque en ese pensamiento buscamos nuestras directrices, con afán de propagarlas, en la medida de nuestra poquedad, y deseosos de que el mundo comprenda que no tiene ninguna otra salvación fuera del camino señalado por Cristo y continuando por sus Vicarios.

Poco o nada podemos añadir: La idea y la obra del Dr. Nolla y «Editorial Atlántida» se alaban por sí mismas.

L. L.

DE ACTUALIDAD

**La Roma histórica y la Roma Eterna. — La Eucaristía y la familia cristiana
Los judíos de Palestina celebran elecciones. — Las grandes potencias se
muestran dóciles a Israel. — Un golpe de estado en el Irak**

La Roma histórica y la Roma Eterna

En su discurso a los estudiantes de Roma (30 de enero), habló el Papa en cálidos términos de la Ciudad Eterna y de su significación como centro del mundo cristiano. Después de exhortar a los presentes sobre las excelencias del latín, «lengua antigua, pero no muerta», señaló la línea divisoria que separa los «entrelazados testimonios del pasado» que Roma alberga en su seno. Por un lado, el esplendor del Imperio romano, que «pareció creado para milenios», pero que, como todo lo terreno, desapareció. «¡Terrible advertencia —agregó el Papa— para todos los tiempos incluido el presente!» Por otro lado, «los testimonios del pasado cristiano», que, por más antiguos que sean, tienen siempre «algo de inmortal».

«La fe que ellos anuncian —siguió diciendo el Pontífice— brilla todavía, multiplicada indefinidamente en el número de aquellos que la profesan; vive todavía en la Iglesia a la cual ellos pertenecen, siempre la misma a través de los siglos. La Iglesia de Cristo es hoy, por lo que toca a su figura visible, más perfecta, más completa, más dispuesta que en los días de su naciente aurora y de su primer desarrollo exterior... Pero la estructura de la Iglesia en sus caracteres esenciales y su vida interior era entonces siempre la misma y aun mucho más, hasta en detalles particulares, que lo que hubiera podido esperar la investigación histórica. En su madurez, que jamás conocerá decrepitud, la Iglesia no ha cambiado la expresión de su rostro; su voz conserva el mismo timbre y solamente ha adquirido mayor vigor y volumen.»

El Papa terminó su discurso con las siguientes palabras:

«Si acaso un día —digámoslo así por mera hipótesis— la Roma material se debiera derrumbar; si acaso esta misma basilica vaticana, símbolo de la Iglesia católica, una, invencible y victoriosa, debiese sepultar bajo sus ruinas los tesoros históricos, las sagradas tumbas que encierra, tampoco entonces la Iglesia quedaría ni abatida ni cuarteada; permanecería siempre verdadera la promesa de Jesucristo a Pedro, perduraría siempre el Papado y la Iglesia una e indestructible apoyada en el Papa que en aquel momento viviera.

»Así es. La Roma eterna, en un sentido cristiano, sobrenatural, es superior a la Roma histórica. Su naturaleza y su verdad no dependen de ella.»

El Papa impartió a todos los presentes la bendición apostólica.

La Eucaristía y la familia cristiana

En su mensaje al Congreso Eucarístico de Cali (Colombia), el día 30 de enero del presente año, el Santo Padre, después de recordar brevemente los tristes sucesos que ensangrentaron aquella nación y que obligaron a aplazar entonces los solemnes actos como si la Providencia quisiera «prepararos mejor en la escuela del dolor y para hacer posible que vuestro Congreso fuese también un acto de reparación», pronunció las siguientes hermosísimas palabras:

«Pocas necesidades habrá hoy tan apremiantes como la consolidación de la familia cristiana, arco fundamental sobre el que descansa esa humana sociedad que es como la cúpula que corona todo el edificio de la creación; pocas tan urgentes como el saneamiento de esta fuente natu-

ral de la vida, si se quiere salvar la existencia misma de la humanidad y hacer que no se malogre el fruto de la Redención. Hasta su misma unidad e indisolubilidad, hasta su misma trascendental finalidad diríanse hoy en peligro. Unión indisoluble de los esposos entre sí; unión de los padres con los hijos fundadas en el amor. ¿Y cómo no habría de vigorizar este lazo aquel sacramento que es generador de nuestra caridad (cf. Santo Tomás, 3.^a parte, cuestión 79, art. 1.^o, 2), y por el cual formamos con él un solo espíritu? (cf. 1 Cor., 6, 17). Acérquense juntos también a esta mesa los miembros de la familia; acojan en sus corazones terrenos aquel corazón divino que ha de fundirlos consigo, sublimando sus sentimientos y quereres, incorporando consigo mismo al esposo y a la esposa, a los padres y a los hijos; y entonces sí que no habrá entre ellos más que un corazón, una vida, que ni las borrascas del siglo ni las penas que trae consigo la lucha por la existencia podrán jamás romper, porque lleva en sí misma el sello de la perpetuidad.»

Y prosiguió diciendo el Soberano Pontífice:

«Pero la familia cristiana tiene una misión casi divina: la de transmitir y encender la vida, como se propaga el fuego santo al pasar de uno a otro en los pabilos de los cirios que se yerguen sobre el altar. ¡Esposos, padres e hijos! Misterio del amor terreno. ¡Eucaristía! Misterio del amor divino, que sustenta y perfecciona la vida espiritual, que hace florecer este huerto selecto de la familia, elevando hasta la cima de lo más sublime la finalidad de llenar la tierra de hijos de Dios, en cuya palabra balbuciente reconozca el Padre omnipotente y eterno la voz de su divino Hijo. Transformados así mediante esta incorporación en Cristo, los miembros de la familia cristiana poseen ya aquel principio que les hará irradiar su influencia santificadora en el hogar y en la iglesia. Porque, ¿adónde han de ir mejor los padres a encontrar los tesoros de inteligencia, de prudencia y de olvido de sí mismos que les exige su misión educadora? ¿En dónde se desarrollará más armónicamente e integralmente el espíritu de sus hijos? La Eucaristía es fuente de aquella gracia divina que hermosea como la luz (Santo Tomás, *In Psalmum* 25, n. 5). ¿Los queréis sumisos y obedientes? En la Eucaristía está presente el mismo Dios encarnado, que, obediente a José y a María y viviendo con ellos en la santa intimidad de la familia, creció en sabiduría, piedad y gracia delante de Dios y de los hombres (cf. Luc., V, 51-52). ¿Los deseáis, finalmente, de nobles sentimientos y de altos ideales? La Eucaristía posee el hechizo de las ternuras divinas y es la concreción más luminosa de los planes inefables de todo un Redentor.

»Acaso por eso ha deseado la Iglesia que la familia, célula vital de la sociedad y, por tanto, también suya, se regenere y vivifique, haciendo de ella un centro de atracción de efluvios eucarísticos y encabezando los más dulces capítulos de la historia del hogar con el santísimo sacramento.

»¡Aquella primera comunión, llevados al altar de mano de vuestros padres; aquella ante un ara perfumada de azahar; aquellas otras primeras comuniones de los retoños con que el Señor os va bendiciendo; aquellas misas dominicales y festivas inolvidables en familia; aquella consoladora comunión de despedida de los seres queridos!...

ACTUALIDAD

¡Que la rabia del infierno no consiga arrancar la Eucaristía de vuestras nupcias, de vuestras horas, tristes y alegres; que nunca olvidéis que ahí está para sosteneros en el sacrificio! Y entonces sí que la familia cristiana o no dejará nunca de serlo o volverá a ser donde se hubiera apartado del recto camino.»

Los judíos de Palestina celebran elecciones

Suspendidas las hostilidades entre árabes y judíos, después de las repetidas violaciones de efímeras treguas, éstos últimos han celebrado elecciones en el territorio que tienen bajo su dominio para elegir los diputados del primer Parlamento organizado por el sionismo. Los comicios tuvieron lugar el pasado día 25 de enero, dando la victoria al partido presidido por el jefe del «gobierno», David Ben Gurion (M. A. P. A. I.).

El número total de votantes ha sido de 420.027. Ninguno de los numerosos partidos que se han presentado en la contienda ha alcanzado la mayoría absoluta de los sufragios emitidos. Hay que destacar el notable número de votos obtenido por el Irgun Zvai Leumi (Heruth), y el hecho de haber sido elegido el jefe del grupo Stern, Friedman Yellin, encarcelado en San Juan de Arce a consecuencia del asesinato del conde Bernadotte.

Se espera que en ocasión de la apertura del nuevo Parlamento, Chaim Weizmann ordene una amplia amnistía, con objeto de que Friedman Yellin pueda ocupar su cargo de diputado.

El resultado definitivo de las elecciones es el siguiente:

M. A. P. A. I.	152.972
M. A. P. A. M.	63.107
Frente Religioso	52.633
Heruth (Irgun)	49.220
Sionistas.	22.527
Progresistas	17.680
Sefarditas	15.017
Comunistas.	14.999
Árabes	13.000
Combatientes del Stern	5.299
Yemenitas	4.369
Otros partidos	9.204

Los dos partidos que han obtenido mayor número de sufragios defienden en sus programas los principios socialistas, si bien el M. A. P. A. M. tiene una acusada tónica extremista de inspiración marcadamente marxista.

El Parlamento sionista se compondrá de 120 diputados.

Las grandes potencias se muestran dóciles a Israel

La posición bochornosa de Inglaterra en estas últimas semanas frente a los judíos de Palestina no ha podido menos de causar gran impresión a quienes desprecian la existencia de fuertes intereses ocultos, que desde la sombra dirigen, mediatizan o tratan de influir en los destinos de los pueblos.

Después del derribo por las fuerzas judías de cinco aviones militares británicos, en la zona fronteriza de Egipto, la prensa anunció que el gobierno inglés había tomado graves medidas de tipo militar para mantener el prestigio nacional ante la nueva situación creada en el Próximo Oriente. A pesar de ello, los judíos no presentaron excusa alguna por el incidente y hasta se negaron a recibir la nota de protesta entregada por el cónsul inglés en Haifa.

¿Cómo reaccionó la Gran Bretaña?

Pues de un modo harto significativo y harto humillante. Reconoció al gobierno instalado por los judíos en Tel Aviv y ordenó la libertad de 11.000 israelitas que se hallaban internados en Chipre. No sabemos si la decisión del señor Bevin fué debida a algún ultimátum; pero lo cierto es que Londres se apresuró a llevar a cabo las anteriores medidas, en vigiliadas de las elecciones judías. Francia, como cabía esperar, reconoció también al gobierno israelita.

El judaísmo ha obtenido, por consiguiente, un gran triunfo.

Los Estados Unidos, por su parte, siguiendo la tónica señalada por las promesas electorales del señor Truman, han concedido a los sionistas, a través del Banco de Exportación e Importación, un crédito de cien millones de dólares, lo que no puede causar la menor extrañeza si se tiene en cuenta que los dólares norteamericanos son los que han financiado hasta ahora la guerra judía. Como escribe el periódico *Le Monde*, correspondiente al día 21 de enero próximo pasado, «los sionistas han recogido en los Estados Unidos el dinero indispensable para hacer la guerra, y en la Europa oriental obtienen el material necesario para combatir». Es decir, que a pesar de todas las apariencias externas, a pesar de tanto plan Marshall, pacto Atlántico, etc., los judíos logran que exista una coordinación perfecta entre Norteamérica y la U. R. S. S. para el logro de sus objetivos.

¡Los dólares norteamericanos no habrán ido del todo mal al camarada Stalin!

Un golpe de estado en el Irak

A raíz de la ofensiva judía en el Negeb, se anunció de fuente árabe que las fuerzas iraquesas emprenderían un ataque contra los judíos, con el fin, cabe suponerlo, de ayudar al ejército egipcio, en continua y obligada retirada. Algún portavoz judío calificó de absurda y falta de todo fundamento la anterior noticia, y la verdad es que las tropas del Irak permanecieron en sus posiciones en perfecta calma. ¿Qué había sucedido en realidad?

Todo ha quedado perfectamente claro después de los últimos cambios políticos que han tenido lugar en aquel Estado.

El fracaso de las operaciones militares emprendidas por los árabes en Palestina y la política del rey Abdullah de Transjordania en relación con el territorio dominado por sus fuerzas, provocaron un general descontento en el pueblo iraqués. La lucha en el Negeb aumentó si cabe el mal-estar ante la pasividad demostrada por los combatientes árabes. En vista de la gravedad de la situación, el Jefe del gobierno del Irak, Muzahim-al-Pachachi, ordenó a mediados de diciembre al comandante del ejército desencadenar un ataque general contra los israelitas. Pero —¡cosa inaudita!— el referido comandante se negó a dar cumplimiento a la orden a menos de que fuese refrendada por el propio Regente. El hecho demostró que las fuerzas militares iraquesas estaban en convivencia con el Regente y que apoyaban los designios de Transjordania, cuya perfecta armonía con los sionistas es perfectamente conocida, por lo que el gobierno se consideró prácticamente dimitido.

El Regente ha confiado la dirección del nuevo gabinete a Nuri-al-Said, favorable al punto de vista de Abdullah y muy conocido por su caracterizada anglofilia.

Los judíos se han apuntado así una nueva e importante victoria para la realización de sus ambiciosos planes.

J. O. C.

SOCIEDAD ANONIMA MARCET

FABRICA DE HILADOS
Y TEJIDOS DE LANA



Calle Onésimo Redondo - Apartado Correos, 29
Teleg. y cables: MARCET

Teléfonos: Despacho, 2443
Fábrica, 1179

S A B A D E L L

Industrial Freixa, S. A.

Peinados e hilados de estambre
rayon y sus mezclas



Ctra. de Moncada, 219
Teléfono 1938

T A R R A S A

RETEX, S. A.
BARCELONA

P. SOLA BORES FABRICA DE TEJIDOS
Asias March, 19 - BARCELONA

HIJOS DE M. CONDEMINAS Casa fundada en 1864

NAVIEROS - Consignatarios de Buques - FLETAMENTOS
Comisionistas de Tránsitos - Contratistas de trabajos Portuarios.

Servicios Marítimos Regulares Barcelona - Puertos Intermediterráneos - Reino Unido y Bélgica - Brasil - Plata
Centro América - Norte - Pacífico - Extremo Oriente.

Casa Central: BARCELONA - Paseo de Colón, núm. 11
Telegramas: **Condeminas**

Sucursales: ALMERIA - MADRID - MALAGA

AYUDAD A LA
Prensa Católica

J. B.

PADRÓ Y CASAS
Fábrica de Paños y Novedades

Despacho: Cruz, 31 y 33
Fábrica: Cruz, 29
Teléf. 1716 - Sabadell

RESERVADO

J. C. V.

JOSÉ FORCANO

Almacén Alpargatas
alta fantasía
Teléfono 23173

J. G. R.

Sabadell

Puigmarfí y Sanllehy

Fábrica de Novedades
en Pañería selecta

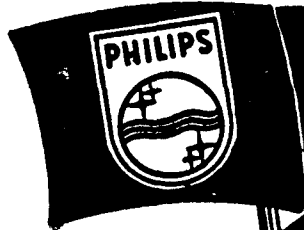
Miguel Arimón, 17 - Teléfono 2442
SABADELL

M. B.

BARCELONA

R. P. S. A.

Barcelona



PHILIPS

RADIO LUZ



Talleres NOTARIO

INDUSTRIA MECANICA

CADENAS, PEDALES
y CARRETES para
bicicletas, marca
« NOTARIO »

Calle Sagrañes, 22 - Tel. 31560 - BARCELONA (Sans)



Visite las Cuevas de Artá

COMPRAMOS

a 7'00 ptas. los siguientes ejemplares:

Año 1945

N.º 19, 20, 21, 26, 28, 39

Año 1946

N.º 43, 48, 58 - 59, 63

Año 1947

N.º 67, 78

Indices de los años 1944 y 1945
a 4' - ptas.

Llame al teléfono **22446**

La Administración

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual 100' - Ptas.
Semestral 50' - »
Trimestral 25' - »

Número ordinario 5'25 ptas.
Encuadernar 25' - »
Tomo encuadernado 125' - »

¿ARABES? ¿JUDIOS?

¿Quiénes tienen mejor derecho sobre Palestina?

LEA

La cuestión de Palestina

por

José-Oriol Cuffí Canadell

Pídalo hoy mismo a la Administración
de CRISTIANDAD

Precio: 5 ptas.